

# MARTÍN REJTMAN

## Literatura y otros cuentos



LITERATURA RANDOM HOUSE

Martín Rejtman

**Literatura y otros cuentos**

Fotografías de MIGUEL MITLAG

Literatura Random House

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg\_

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



## ALPLAX

Ana toma media pastilla y se acuesta sobre el acolchado de su cama sin intenciones de dormir. Son las siete de la tarde y afuera es otoño. En la casa la calefacción está encendida a pesar de que todavía no hace tanto frío. Acostada, Ana tiene los ojos abiertos y mira fijo el techo sin hacer ningún esfuerzo. Hay una mancha de humedad en una de las esquinas y tres o cuatro estrellitas adhesivas plateadas pegadas al techo que venían con el departamento y nadie se molestó en sacar. Cada tanto se escuchan algunos ruidos que vienen del piso de arriba: alguien que parece correr un mueble y los graves de una música que apenas se reconoce. Cuando se abre la puerta de la casa y entra su padre, Ana lo oye pero es como si no lo percibiera. Desde que se acostó la luz de la tarde empezó a bajar y ahora su habitación está en penumbras.

Un poco más tarde Ana se despierta transpirando. Tiene la cara roja. En el departamento hay calefacción de losa radiante, no hay forma de controlarla. Desarma la cama con un poco de violencia, lleva las sábanas al lavadero y las pone en el canasto de la ropa sucia. En la cocina encuentra el televisor sintonizado en un noticiero y lo apaga. Saca la cajita de Alplax del armario y se guarda dos pastillas en el bolsillo de los vaqueros.

Afuera es de noche. En su misma cuadra se encuentra con Gabriela, que está sentada en la entrada de un local cerrado con la persiana baja. Gabriela fuma un cigarrillo y con un gesto le ofrece uno a Ana.

—¿Son rubios o negros? —pregunta Ana, al mismo tiempo que se sienta al lado de Gabriela.

—Negros.

Ana hace un gesto afirmativo. Gabriela enciende un nuevo cigarrillo y se lo pasa. A unos metros de ellas, en un cantero de la vereda junto a un árbol, hay un gato gris que descansa demasiado tranquilo. Parece dormido, pero cada tanto parpadea y deja los ojos entreabiertos.

Ana y Gabriela fuman cada una su cigarrillo negro. Al principio parece que se turnaran: cuando una da una pitada la otra ya está largando el humo. Hasta que las dos dan una pitada al mismo tiempo y a partir de ese momento Ana y Gabriela siguen fumando sus cigarrillos de manera sincronizada.

• • •

Dos horas más tarde, a las diez de la noche, Ana, Gabriela y Laura toman cerveza apoyadas en un coche. Laura trajo a su perra Lila, que está embarazada. Es miércoles, y las tres deciden ir al cine. Primero llevan a Lila a casa de Laura. Después toman un colectivo hasta Lavalle y se meten por error a ver una película francesa. Ana sale en la mitad de la proyección para hacer un llamado desde un teléfono público. Cuando vuelve a entrar a la sala le pregunta a Gabriela qué pasó mientras estaba afuera.

A la salida Federico, el novio de Ana, pasa a buscarlas en su moto. Ana lo saluda y le dice que vuelve enseguida. Se mete otra vez en el cine y entra al baño. Saca uno de los Alplax del bolsillo del vaquero y lo apoya sobre la mesada. Intenta partirlo en dos usando una llave, pero casi toda la pastilla se convierte en polvo. Se toma lo que puede salvar, que es menos de la mitad, y enseguida saca la otra pastilla y se la toma entera.

Laura tiene entradas para una discoteca; se las dio su hermano, que es tarjetero. Son cuatro, el único vehículo que tienen es la moto de Federico y la discoteca queda en Quilmes. Pero Gabriela decide volver a su casa y Federico la lleva en la moto. Ana y Laura lo esperan en la esquina de Lavalle y Esmeralda.

• • •

Federico, Ana y Laura viajan en la moto. Federico va adelante, Laura en el medio y Ana atrás. Federico y Ana usan cascos iguales. Laura va sin casco.

• • •

La discoteca tiene unos setecientos metros cuadrados, paredes negras, y está repleta de gente. Según Laura, el miércoles es un buen día. Apoyan las camperas y los dos cascos en el suelo y bailan.

Ana se siente un poco fuera de lugar en la pista. Deja de bailar, va al baño y se lava la cara. Muy poco después está durmiendo en un sillón de cuerina negra, en un rincón oscuro, abrazada a las tres camperas y los dos cascos. Federico baila solo a un costado de la pista. A Laura no se la ve por ningún lado.

• • •

Los tres vuelven juntos en la moto. Ana, entre Federico y Laura, duerme a pesar del viento que le pega en la cara.

• • •

Cuando dejan a Laura está a punto de amanecer. Laura entra en su casa y se apura en bajar la persiana del living, como si pretendiera simular que todavía es de noche. Busca a su perra Lila en la cocina pero no la encuentra y, cuando va a su cuarto, la ve sobre su cama con seis cachorritos recién nacidos. Lila es casi toda blanca con apenas tres o cuatro manchitas marrones. Laura observa los cachorros durante un rato: son todos completamente negros y ninguno de los seis se parece en nada a Lila. Por un segundo Laura duda, y se pregunta si en realidad los cachorritos no serán hijos de otra perra.

• • •

Ana duerme en lo de Federico, un departamento de dos ambientes en Almagro. Cuando se sienta en la cama ya tiene los ojos cerrados, pero apenas apoya la cabeza sobre la almohada los abre y no los vuelve a cerrar. Pestañea de manera consciente varias veces mientras a su lado se escucha el sonido suave de la respiración rítmica de Federico que de a poco entra en un sueño muy profundo.

• • •

El viernes de la semana siguiente Ana, Laura y Gabriela van en el Honda Civic de la madre de Laura a visitar a Daniel, el novio de Gabriela, que vive en Azul. Daniel es ingeniero agrónomo y trabaja el campo de una familia de Buenos Aires que viaja a Azul muy de vez en cuando. Vive en una casita construida para los peones en donde hay lugar únicamente para Gabriela.

La casa principal la usan sólo los dueños; Daniel ni siquiera tiene llave. Ana y Laura duermen afuera, en una carpa que se trajeron de Buenos Aires.

A la noche, acostadas en sus bolsas de dormir, las dos fuman cigarrillos negros. Pronto las envuelve un humo espeso en la carpa cerrada y se quedan dormidas. Ana se despierta sola un tiempo después. No tiene idea de la hora. El humo de los cigarrillos todavía flota en el aire. Abre el cierre de la carpa y saca la mitad de la bolsa de dormir afuera. Durante un rato largo mira la oscuridad del cielo y las estrellas hasta que sin darse cuenta se vuelve a quedar dormida.

Al día siguiente, después del mediodía, llega Federico. Vino en la moto y la visera del casco está cubierta de bichos muertos. En su mochila trajo un poco de ropa y el casco de Ana.

Ese mismo día, durante un partido de truco, surge una discusión absurda entre Daniel y Federico. Los dos se conocen desde hace mucho, jugaban en el mismo equipo de rugby, pero en realidad nunca fueron demasiado amigos. Ahora se ven seguido por Ana y Gabriela. En un principio la discusión no parece tener mayores consecuencias, pero la caída de la tarde, el comienzo de la oscuridad y los sonidos de otros animales hacen que Federico decida pasar la noche en un hotel en Azul. Ana, sin embargo, prefiere quedarse en el campo y dormir en la carpa con Laura.

Esa noche Federico duerme mal en el cuarto de hotel, el colchón es muy blando, el piso es de baldosa y hay demasiada humedad, y la almohada es mucho más alta que la de su cama.

Se levanta temprano, cuando todavía está oscuro, y decide volver a Buenos Aires. Antes de empezar el camino de vuelta Federico pasa nuevamente por el campo. Deja la moto a un costado de la ruta, salta el alambrado y camina unos doscientos metros hasta la casa de los peones y la carpa. Son las siete de la mañana, todos duermen. El cierre de la carpa está

bajo y a través de la tela apenas se distinguen unas formas sin forma. En medio del pasto humedecido por el rocío hay un pájaro completamente rojo. Al ver a Federico el pájaro pega unos alaridos que parecen mecánicos, como si vinieran de algún aparato y no de un animal. Federico se queda inmóvil, mirándolo. Después de un rato la luz empieza a cambiar, se hace casi de día, y el pájaro primero da unos saltitos, pega un nuevo alarido mecánico y después levanta vuelo. Federico lo sigue con la mirada al mismo tiempo que empieza a alejarse hacia la ruta.

• • •

Tres semanas más tarde es el cumpleaños de Gabriela. Gabriela está con Ana y Laura en la cocina de su casa. Toman té con un bizcochuelo instantáneo y miran un partido de fútbol por televisión, Independiente-Colón de Santa Fe. A las diez menos cuarto de la noche, en mitad del segundo tiempo, suena el teléfono. Es Daniel. Felicita a Gabriela por su cumpleaños, no le aclara desde dónde llama, y diez minutos después aparece de sorpresa en la casa con un hámster de regalo.

Al principio Gabriela mira al hámster con curiosidad, pero muy pronto ya no sabe qué hacer con él. Durante un tiempo lo tiene en la cocina, adentro de una especie de pecera que encontró en el fondo del ropero del pasillo; Daniel se lo trajo en una caja de cartón que enseguida se humedeció y hubo que tirar a la basura. Gabriela cambia la pecera de lugar todos los días, hasta que finalmente la deja fija arriba de la heladera. Pero cada día que pasa el hámster le da más asco. Una noche fantasea con hacerle una visita a Laura y dejarse el animalito olvidado ahí, confundido entre los cachorros de Lila. A la mañana siguiente, cuando se despierta, llama a Laura por teléfono. Pero apenas contestan del otro lado de la línea, Gabriela cuelga.

• • •

Un sábado de octubre Daniel vuelve a Buenos Aires en la cuatro por cuatro. Pero Gabriela deja puesto el contestador y no abre la puerta cuando suena el timbre. Son las diez de la mañana, Daniel ya no tiene casa ni familia en Buenos Aires, y el único número de teléfono que se acuerda de memoria, además del de Gabriela, es el de Federico.

Federico le da cita en un café del microcentro a las once y media. Daniel llega veinte minutos antes. Federico llega puntual, con una chica que conoció la noche anterior en una discoteca; no se la puede sacar de encima.

Cuando Daniel pregunta por Gabriela, Federico le responde que hace tiempo que no la ve, pero que sabe por Ana que ahora tiene un hámster.

Alrededor de las doce y cuarto del mediodía, casi sin haber tocado su cortado doble, Federico se levanta de la mesa y se despide. Daniel y la chica se quedan solos. Daniel le pregunta si quiere algo más. Ella dice que no y sube al baño. Cuando vuelve, Daniel se ofrece a llevarla a su casa en la cuatro por cuatro. En el camino se desvían y entran a un albergue transitorio. La chica se va a eso de las tres de la tarde; Daniel está agotado por el viaje y además no tiene otro lugar adonde ir, así que se queda durmiendo. Duerme toda la noche.

A la mañana, cuando se despierta, Daniel abre los ojos y se ve reflejado en el espejo del techo de la habitación. Está completamente vestido, de traje gris y camisa blanca, sin la corbata, acostado sobre el acolchado turquesa de la cama del hotel, que ni siquiera se tomó el trabajo de deshacer.

• • •

Ya pasó más de un mes y el hámster que le regaló Daniel a Gabriela todavía no tiene nombre. Hace días que Gabriela tomó la decisión definitiva de sacárselo de encima, pero al mismo tiempo el animalito arriba de la heladera se convirtió en una presencia invisible, y alimentarlo en un acto mecánico y espontáneo. Sigue produciéndole el mismo asco que el primer día, pero hay algo en la costumbre que funciona como freno de la voluntad de deshacerse del animal.

Hasta que finalmente, una tarde, Gabriela sale de su casa con la pecera y el hámster adentro de un bolso deportivo. Entra en la primera veterinaria que encuentra, saca el animal del bolso y le asegura al empleado que su novio lo compró ahí hace unos días y ella ya no puede quedárselo. Gabriela se sorprende un poco cuando el empleado acepta la devolución sin preguntar ni pedirle nada más. No puede darle dinero, dice, pero le ofrece a cambio una bolsa de nueve kilos de comida para perros. El empleado no acepta la pecera y pone al hámster en una jaula de metal, en la vidriera de la veterinaria. Al día siguiente, Gabriela le regala la bolsa de comida a Laura, para que le sirva de alimento a Lila y a sus cachorritos.

• • •

Es la tercera vez que Ana le pasa pintura amarilla al techo de su cuarto pero la mancha de humedad siempre reaparece. En los últimos meses no paró de crecer y ahora ocupa casi el doble de la superficie que cuando se mudaron al departamento. Lo único que Ana pudo cubrir fueron las estrellitas adhesivas que ya no son plateadas sino amarillas. Confundidas con la pintura del techo se destacan únicamente por el relieve.

Ana lleva el rodillo a la pileta del lavadero y lo deja en remojo en una palangana. En la cocina, Gabriela y Laura miran un documental sobre

animales por televisión. En una pausa publicitaria las tres bajan a la frutería y compran una docena de bananas.

Cuando suben al departamento Gabriela y Laura vuelven a concentrarse en el documental y Ana se pone a preparar licuados. Con el martillo de aplastar milanesas muele seis Alplax y mete el polvillo en la licuadora junto con la leche y las bananas.

• • •

El televisor ahora está sintonizado en un programa de atletismo. Las tres chicas ya terminaron sus licuados. Laura está tirada en el sillón del living; sus piernas sobresalen por arriba del apoyabrazos. Gabriela se quedó dormida con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina.

Ana da vuelta la cartera de Laura sobre la mesita ratona y revisa lo que tiene pero no toca nada. Hace lo mismo con la cartera de Gabriela y saca un paquete de cigarrillos negros. Agarra su bolsa de lona, guarda el paquete de cigarrillos negros adentro y sale de la casa.

A dos cuadras de su edificio Ana entra en un bar y pide permiso para usar el baño. Al lavarse la cara se salpica la ropa. Se quita la blusa y la seca en el secamanos; los vaqueros se los deja mojados. En la televisión del bar pasan un partido de fútbol pero Ana no puede distinguir los equipos. Sale a la calle y toma un colectivo. No sabe adónde va. Quiere fumar un cigarrillo pero el paquete que sacó de la cartera de Gabriela está vacío. Lo hace un bollito y lo tira por la ventanilla. Durante el viaje mira los autos y los edificios que de a poco pierden definición. Cuando se despierta está en la terminal de la línea. Nunca estuvo en esa calle; ni siquiera en ese barrio. Ana entra en otro bar y en la barra pide un agua mineral sin gas. Antes de que se la traigan sale del bar y busca un kiosco. Compra un atado de

cigarrillos negros, le quita el envoltorio de plástico transparente, saca un cigarrillo, y se apoya contra un coche a fumar. Ya es casi de noche.

•







## MI YESO

Acostado en la cama me veo reflejado en la pantalla de mi segundo televisor. Soy un fantasma adentro y afuera del aparato; no participo de ninguno de los dos mundos. Mis hijos están con la madre en Villa Gesell. Son los últimos días del verano. Mis padres viven en San Miguel y los veo una vez cada quince días. Suena el teléfono. No sé si contestar. Atiende el contestador. Es Celeste, mi hija menor. Levanto el tubo y hablo con ella. “Papá”, me dice. “Estamos en un locutorio con Lucas y no tenemos plata para pagar la llamada. ¿Qué hacemos?” “¿Adónde está mamá?”, le pregunto. “Con Jorge, en la playa”, dice Celeste. No sé cómo resolver este problema. Nunca sé cómo resolverles los problemas a los otros. Con los míos sé que simplemente tengo que dejarlos, en algún momento van a pasar. Trato de aplicar la misma táctica en este momento y le digo a Celeste que le explique a la persona que atiende el locutorio que la madre está en la playa, que ya va a pasar a pagarle más tarde, y que se vaya. Pero por las dudas también le digo que si eso no funciona le deje cualquier cosa de valor que tenga encima y que la recupere cuando se pague la llamada.

—¿Como qué? —me pregunta Celeste.

—¿Tu cédula?

—No tengo cédula.

—¿Qué tienen?

—Tenemos puestas las mallas que nos regalaste vos. ¿Dejamos las mallas?

—No, no dejen las mallas. Decile a la señora que tu mamá va a venir a pagar más tarde y andate de ahí.

Cortamos. Me levanto de la cama y me ducho. Ahora me veo reflejado en los azulejos blancos del baño. Me envuelvo en un toallón azul y me seco bien antes de vestirme. Me pongo exactamente la misma ropa que usé ayer.

• • •

Son las tres de la tarde del sábado. El tráfico es el mismo que el de un día de semana a última hora. Bocinazos y embotellamientos. Tomo un taxi a Puerto Madero. Quedé en encontrarme ahí con Cecilia.

La espero hasta las cuatro y media. Mientras tanto tomo un helado de frutas: limón y ananá. Nunca me gustaron los helados de fruta pero estoy excedido de peso. Tengo que bajar seis kilos.

Cecilia llega con un amigo y me lo presenta. Este es Juan, me dice. Juan tiene unos treinta años y usa un sobretodo de pelo de camello. Es cierto que la temperatura está un poco baja para la época del año, pero no deja de ser verano.

Caminamos los tres bordeando el canal. Llegamos a la punta y pegamos la vuelta. En la charla intentamos encontrar temas en común. Yo hago preguntas como para saber un poco mejor quién es Juan, a qué se dedica, si es casado, si tiene hijos y, sobre todo, cuál es su relación con Cecilia. A eso de las seis, casi sin avisarnos, Juan se mete en uno de los cines de Puerto Madero. Cecilia y yo entramos en un bar de la zona. Yo pido un cortado y Cecilia una bebida dietética.

Cecilia me habla de sus problemas en el trabajo. Es algo que me aburre terriblemente. No puedo entender cómo algo así puede salir del ámbito de lo privado. Me levanto de la mesa del café y le digo que voy al baño. Me

encierro ahí adentro, me quedo todo el tiempo que puedo, me lavo la cara para despejarme. Vuelvo a la mesa. Cecilia ya pagó y se fue, no dejó una notita ni ningún mensaje con la moza. La llamo desde mi celular a su celular. No puede estar lejos. La veo en realidad a través del frente vidriado de la confitería. Está en la calle que da al canal, con su vestido azul por debajo de las rodillas y el teléfono en la mano. Me parece distinguir sus uñas pintadas de rojo fuerte pero quizá sea una visión inducida por lo que recuerdo de unos minutos atrás. Cuando Cecilia escucha mi voz, corta. Debo haberme quedado demasiado tiempo en el baño.

Vuelvo a casa y enciendo el televisor para dejar de ver mi fantasma. Sábado a las siete y media de la tarde. Hay varios mensajes en el contestador. El primero es la voz de una mujer que llama desde un locutorio en Villa Gesell. Dice que no va a dejar salir a Lucas y a Celeste de ahí adentro hasta que no se paguen las llamadas de larga distancia. Se deben nueve pesos, incluyendo la llamada que está haciendo en ese momento. No puede dejar de cobrarla, me explica en el mensaje. Ella es empleada y se lo descontarían de su sueldo, que no es muy alto. La mujer no deja ningún número adonde llamar, ni siquiera el nombre del locutorio. El segundo mensaje es de mi hermano: me invita a un asado en su casa nueva para esta noche, pide perdón por avisarme tan sobre la hora. El tercero es de mi ex mujer, la madre de Celeste y Lucas. Está llorando, preocupada por los chicos. Me pide que la llame a la casa que alquilan en Villa Gesell, que se llama “Ya llegué”, y me vuelve a dejar el número de teléfono. Llamo pero no hay contestador, así que no puedo dejarle mensaje. Decido ir al asado en casa de mi hermano Ezequiel.

Mi hermano se mudó a vivir a casa de Lipo hace más o menos tres meses. En realidad es la casa de la abuela de Lipo, que murió de un paro cardíaco dejando a Lipo como único heredero. La mujer quería morirse

desde mucho tiempo antes. Cada dos por tres intentaba suicidarse. Un día abrió el gas de la cocina y se encerró ahí adentro. Cuando la mucama volvió la encontró tirada en el piso de baldosa. La abuela de Lipo, que toda su vida había tomado clases de inglés y de yoga, le dijo a la mucama: *Please, go. Let me die, go, go, go. Let me go.* Pero esa vez no lo consiguió. Tres meses más tarde tuvo el paro cardíaco. Lipo está seguro de que ella misma lo provocó, aunque no sabe cómo.

Antes de heredar la casa de su abuela Lipo estuvo viviendo en la mía durante un tiempo largo. Mis padres echaron a Ezequiel de la casa de San Miguel porque no estudiaba ni trabajaba, así que se vino a vivir conmigo. Un día Ezequiel me pidió que le deje el departamento para él solo porque tenía una cita con un ceroseiscientos. Los ceroseiscientos son esos servicios en los que se conoce gente por teléfono. Esa noche dormí en casa de un amigo y cuando volví a las nueve de la mañana, Lipo y Ezequiel estaban instalados en el living con las persianas bajas y las luces encendidas, completamente despiertos. Sobre mi mesita ratona había tres botellas de whisky y dos de tequila. Me metí en la ducha. Ezequiel después me presentó a su amigo, que se quedó a vivir en mi casa durante un tiempo largo. Cuando murió su abuela Lipo invitó a Ezequiel a mudarse a la casa que había heredado. Una casita inglesa, no Tudor, en la zona sur del Gran Buenos Aires. Un jardín descuidado, pisos de baldosa, ambientes grandes, paredes empapeladas. Parece que Ezequiel lo pasa muy bien ahí.

Llego al asado. Aparte de Lipo y mi hermano hay dos chicas que no conozco. Nos saludamos. Hay velas en el jardín. El pasto está muy crecido. Lipo se ocupa del asado, mi hermano de las ensaladas, las chicas preparan cócteles. Hay música folklórica, creo que es la radio. La casa está en una cuadra bastante tranquila. Son todas casas bajas, con jardín, algunas muy venidas a menos. La de Lipo parece una más entre todas las otras.

Un rato después voy al coche a buscar las dos botellas de vino que traje. Mi celular está sonando. Es mi ex mujer, completamente histérica. Me grita “Sos un monstruo”, y me corta. Busco en mi libreta de teléfonos el número de su casa de Villa Gesell pero me arrepiento antes de terminar de discarlo y corto.

El asado se prolonga hasta muy tarde. Las dos chicas preparan tragos pero casi no hablan. Son más grandes que Lipo y mi hermano pero más chicas que yo. No puedo enterarme de dónde las conocen. Supongo que son también ceroseiscientos. Una de ellas sugiere ir a bailar. La otra dice para qué ir a un lugar y pagar entrada si pueden bailar ahí. En la radio una locutora anuncia productos para el campo: pesticidas, maquinarias agrícolas, semillas, ese tipo de cosas. Son las tres de la mañana. Alguien cambia de estación y las dos chicas se ponen a bailar en el jardín. Lipo limpia la parrilla. Ezequiel baila con las chicas. Yo no sé muy bien qué hacer. No tengo ganas ni de bailar ni de limpiar la parrilla. Junto el vino que queda en los otros vasos y lo paso al mío. Todas las botellas están vacías. A las cuatro y media decido volver a mi casa.

Entro en mi departamento. Ezequiel ya no vive conmigo. El sillón del living ya no es una cama, sigue siendo un sofá cama pero ahora nadie duerme ahí. Mi cuarto tiene una vista impresionante sobre el edificio de enfrente: muchas ventanas, luz en un departamento, una sola persona despierta a esta hora: un hombre de mi edad en la ventana del edificio de enfrente. Cierro la persiana, aunque no del todo. No me fijo si hay mensajes en el contestador; me quedo dormido.

• • •

Es domingo. Suena mi celular a las nueve y cuarto de la mañana. Atiendo sin encender la luz. Es Celeste, para avisarme que ella y Lucas están bien y que ya encontraron a su madre. Están en un parador de la playa, con dinero para pagar el llamado. La mujer del locutorio no los dejó irse hasta que se cubrió la deuda, pero dicen que los trataron muy bien. Cenaron con la familia de ella, les gustó la comida. Cuando yo era chico me gustaba comer en casas de otros. La comida que me daban era la misma que en mi casa, ñoquis, milanesas, bife, papas fritas, pero siempre parecía otra cosa a pesar de ser lo mismo.

Me levanto y la persiana de mi cuarto está cerrada. Me agacho para encender el velador y cuando me incorporo veo otra vez mi fantasma, ahora en el vidrio de la ventana. Me hago un café con leche, en realidad caliente café de ayer y uso lo último que queda de leche en polvo en la lata. Como un par de galletitas con margarina y meto la taza, el plato y los cubiertos en la pileta de la cocina.

Mientras estoy en la ducha suena el teléfono y no atiendo. Cuando salgo hay un mensaje en el contestador. Es Cecilia, está con Juan en un bar cerca de mi casa. La llamo al celular; me dice que vaya para ahí. Yo les pido que me pasen a buscar.

Cecilia y Juan están los dos de jogging y compraron todos los diarios. Vamos a los bosques de Palermo. Ellos corren alrededor del lago. Yo me siento en un banco con los suplementos económicos. Me pongo el par de anteojos que empecé a usar hace menos de un mes y me pregunto cómo me verán los que no son yo. Me doy cuenta de que el que ven no soy yo, a veces tengo ganas de decirlo: Esto no soy yo, yo no tengo nada que ver con esto que ven. Pero cada vez que tengo ganas de decirlo no sé a quién decírselo.

Almorzamos en un bar de Palermo Viejo. Cada uno come una ensalada diferente. Yo elijo la Primavera, que trae palmitos. Caminamos por el barrio, miramos vidrieras y nos cruzamos con otras familias de jogging. Pasa en bicicleta Claudia, la mejor amiga de mi ex mujer. Va sola y también de jogging. Usa unos anteojos oscuros enormes pero igual la reconozco. La rueda de su bicicleta roza el borde de la vereda y justo en el momento en que intenta enderezarla pasa un coche a toda velocidad con una música estridente. Claudia hace una contramaniobra violenta y se cae al suelo. Se da un golpe contra el asfalto. Juan corre a ayudarla. Yo me acerco también. Claudia me reconoce y me saluda mientras se limpia el polvo con la mano y se queja del dolor: se raspó un codo y una rodilla y se torció un poco el pie izquierdo. La ayudamos a sentarse en el zaguán de una casa. Una de las ruedas de su bicicleta está un poco abollada pero no parece nada grave; también se salió la cadena.

Claudia empieza a recuperarse y me dice que mi ex mujer la llamó anoche, preocupadísima porque había perdido a los chicos. “Es la misma neurótica de siempre, che”, se queja, intentando establecer algún tipo de complicidad. Enciende un cigarrillo. “¿Qué podía hacer yo desde acá? Me dejó con una preocupación terrible toda la noche. Hasta me costó dormirme. ¿Para qué? Es una egoísta, como si una no tuviera suficientes problemas.” No me pregunta si los chicos aparecieron o si todavía siguen perdidos.

Claudia se queja tanto del dolor que finalmente decidimos llevarla a una clínica. Vamos en un taxi, la bicicleta en el baúl, sujeta con una soga elástica.

El médico, un hombre joven de unos veintiséis años, hace que le saquen a Claudia varias radiografías del tobillo y le da a elegir entre un yeso o una operación. Pasamos la tarde en la clínica mientras la enyesan y después cada uno tiene que poner un poco de plata para cubrir la cuenta, porque

Claudia no tiene prepaga y tampoco efectivo. No se sonroja cuando pagamos nosotros. Un poco más tarde la dejamos en su casa; nos agradece, pero en ningún momento sugiere devolvernos el dinero.

• • •

La casa de Claudia queda en Barrio Norte y después de dejarla ahí Juan se va solo al cine a la Recoleta. Yo invito a Cecilia a cenar a mi casa. Ella me agradece y me dice que así como está, de jogging, no puede. Primero quiere ducharse y ponerse ropa limpia. Pero me llama a eso de las diez: ya está metida en la cama con un libro.

No se escuchan ruidos desde mi ventana en el piso diecisiete. Apenas me mudé a este departamento puse doble vidrio; siempre tuve que dormir con tapones en los oídos. Mi primer televisor, el del living, ahora está encendido en un programa periodístico. Miro poca televisión, tengo prejuicios inducidos. Mis padres fueron siempre muy reacios. Mi madre es una investigadora científica del CONICET y prefiere cocinar para distraerse antes que mirar televisión. Mi padre en cambio practicó deportes toda su vida, desde pelota vasca hasta ajedrez, y nunca se sintió atraído por la televisión. Ellos siempre creyeron que con esa actitud nos estaban dando un ejemplo a mi hermano y a mí, pero según mi psicólogo la indiferencia es la forma más simple de relacionarse con las cosas. Seguramente fue para combatir estos prejuicios que me compré tres televisores a pesar de que mi departamento tiene apenas dos ambientes, baño y cocina. El primero lo puse en el living, el segundo en el dormitorio y el tercero en la cocina.

Ceno mientras miro el programa periodístico: dos políticos se confrontan con dos personas comunes. Las personas comunes parecen hablar el idioma de los políticos y los políticos intentan expresarse de la manera en que

hablan las personas comunes y todo es muy confuso. Me siento en mi sillón de cuero blanco y negro y dejo la televisión como sonido de fondo. Tendría que irme a dormir a medianoche.

Al día siguiente me levanto temprano, a las ocho de la mañana, el trabajo me espera, pero igual decido salir a dar una vuelta. Tomo un colectivo que me lleva hasta el centro. Camino por la 9 de Julio, que parece completamente desprotegida. Me siento en un café, pido una cerveza de 3/4 de litro y me la tomo sin hacer ninguna pausa. Lleno el vaso, lo vacío, lo vuelvo a llenar, así unas cuatro veces hasta llegar al final. Pago y salgo del bar.

Vuelvo a mi casa, saludo al sereno del edificio y subo a mi departamento. Dejé el televisor encendido. Me meto en la cama y no puedo dormir. Me levanto, me cambio y vuelvo a salir. Esta vez tomo un taxi y le pido al taxista que me lleve a algún local nocturno, alguno que esté abierto y que no quede muy lejos. El taxista me malinterpreta y me lleva a Confusión, una especie de pub en el que hay varios travestis en la entrada. Me siento un poco intimidado y le pido que me lleve a otro lugar. Vamos a la Costanera y finalmente me bajo del coche. Entro a una discoteca gigantesca, repleta de chicos y chicas fumando cigarrillos que tienen que sostener con el brazo en alto por lo lleno que está el local. Me siento mareado entre tanta gente que fuma. Empiezo a moverme rítmicamente con la música. Tengo un whisky en la mano y también me veo obligado a sostenerlo con el brazo extendido por encima de las cabezas de los demás, como si fuera un cigarrillo.

Salgo del local a la madrugada, está nublado, llueve un poco, todos los coches empiezan a moverse al mismo tiempo. Se produce un embotellamiento. Puedo ver lo que pasa adentro de los autos: hombres de traje que bostezan, madres que llevan a sus hijos a la escuela, adolescentes con música con graves que hacen vibrar a los coches de al lado. Una chica

de unos veinte años pega la cara al vidrio de la ventanilla y me mira como si estuviera presa ahí adentro. Ya es la mañana.

En mi departamento me preparo café con leche. El café está un poco viejo, seco, sin aroma. Me meto en la ducha. Llueve, pienso, y suena el teléfono. Son mis padres, los dos al mismo tiempo. Cada uno habla desde un aparato diferente, mi padre desde el dormitorio, mi madre desde la cocina. Me preguntan si voy a ir a visitarlos esta tarde. Me llaman un lunes a la mañana temprano creyendo que es sábado al mediodía. Mi psicoanalista está seguro de que se trata de un caso de demencia senil conjunta pero yo no me animo todavía a llevarlos a un psiquiatra. Según él, una pareja frente al mundo es una sola entidad, y cuando uno de los dos empieza a perder el sentido de las cosas es muy común que el otro se adapte a esa distorsión. El mundo que comparten es parte de la pareja que forman; es el lugar donde viven, el fondo contra el que se recortan, lo que los une y los justifica.

• • •

Estoy en el trabajo sin haber dormido en toda la noche. Recorro los pasillos de las oficinas del Departamento Internacional del Banco. Trabajo como oficial de cuentas; muevo cifras a las que seguramente nunca voy a poder acceder. Miles de personas ya pasaron por mi oficina que tiene vista al río y a la City. Inversionistas, evasores, personas que me hacen acordar a otras personas, otras que me da la impresión de que podrían formar parte de mi círculo de amigos y conocidos. Hace cuatro años que tengo este trabajo. Mis padres depositaron todos sus ahorros conmigo. Treinta y cinco mil dólares, colocados al 5,5% anual en el Uruguay. Una inversión muy conservadora que me permite estar tranquilo por ellos.

• • •

El jueves me llama Cecilia para invitarme a cenar a un restaurante japonés y compensar por haberme dejado plantado el domingo a la noche. Me pasa a buscar en su auto. Me siento en el asiento del acompañante; en el de atrás están Claudia y Juan. Parece que esta es la tercera vez que se ven después del domingo. Claudia tiene el yeso y no puede apoyar el pie, tampoco está autorizada a salir a la calle, en teoría son dos semanas de reposo en la casa y después le ponen un taco. Así que Juan y yo tenemos que sostenerla para caminar. Cuando nos vamos Cecilia deja a Claudia primero en su casa y Juan sube con ella para ayudarla en su nueva invalidez. Cecilia me dice que Juan fue estudiante de medicina y le fascinan los yesos. Lo esperamos un rato pero no vuelve a bajar.

• • •

Otro día. Estoy con Cecilia tomando un café en un barcito que queda en la esquina de Rodríguez Peña y Marcelo T. de Alvear que a ella le encanta. Afuera tiene unas lámparas blancas en forma de bolas redondas que cuelgan del techo, bastante elegantes y llamativas. En un momento me levanto para ir al baño y cuando vuelvo veo, a dos mesas de distancia de la mía, a mi ex mujer y a Claudia que discuten. Claudia todavía tiene el yeso, ahora con un taco. Me siento a mi mesa del mismo lado de Cecilia, dándoles la espalda a las dos mujeres, para evitar que me vean. Cecilia me mira extrañada y yo le hago un gesto de silencio con los labios. Cada tanto podemos escuchar algunas palabras que vienen de la mesa de atrás. Más de una vez me nombran, y eso es cuando suben el tono. Tardo un rato en darme cuenta que

mi ex mujer ya volvió de vacaciones y nunca me llamó para avisarme; mis hijos tampoco.

• • •

Desde el coche de Cecilia llamo por teléfono a la casa de mi ex mujer. Atiende Lucas. Me dice que no se siente bien y que la madre salió. Le pido que me pase con la señora que los cuida, una mujer con una voz llamativamente gruesa. La señora me dice que Lucas estuvo mirando televisión hasta recién y que se sintió perfectamente durante todo el día. Le pido a Cecilia que me lleve a visitarlos. No estamos lejos.

Toco el portero eléctrico y bajan Lucas y Celeste con la señora que los cuida. Los dos se suben al Renault 12 de Cecilia y se sientan en el asiento de atrás. La señora los espera en el hall de entrada, parada detrás del ventanal que da a un cantero con plantas artificiales iluminadas desde abajo. A Lucas y Celeste les gusta jugar a que son pasajeros de taxi y no paran de darle órdenes a Cecilia sobre itinerarios y destinos inventados por ellos en el momento. Hasta que llega a la puerta del garaje del edificio mi ex mujer con su nuevo novio en un Suzuki blanco con tapizado de cuero color crema. Nos saludan con la mano sin abrir las ventanillas. Celeste se baja de un salto del Renault 12 de Cecilia y logra colarse en el garaje detrás del Suzuki justo antes de que termine de bajar el portón automático. Lucas se queda un rato más con nosotros, hasta que lo mando a que toque el portero eléctrico del edificio en donde vive con su madre y se anuncie para que le abran la puerta de entrada, casi como si fuera un desconocido.

• • •

El viernes viene Ezequiel de visita. Su amigo Lipo lo echó de la casa. Ezequiel hizo una fiesta y no le avisó. Lipo estaba trabajando pero decidió volverse antes. Lo encontró a Ezequiel con tres chicas en su cuarto, se enojó y lo echó. Ezequiel quiere volver a quedarse en mi casa pero yo no quiero que se quede. Me molesta un poco la situación de tener que aceptar siempre los problemas ajenos; ya no estoy en edad de mimetizarme con nadie. Igual, esa noche duerme en casa. Al día siguiente vienen mis hijos de visita. Mientras Ezequiel les cocina yo voy al videoclub a alquilarles películas de animación. A la noche Ezequiel se muda a vivir a un hotel.

• • •

El fin de semana voy a jugar pelota vasca con los dos únicos amigos que todavía me quedan de la secundaria. Alejandro es italiano, Diego es vasco y yo soy judío. Jugamos, jugamos y jugamos hasta quedar empapados de transpiración. Dejo todo en la cancha. Es una distracción, una descarga.

Entro al vestuario; adentro del locker está sonando mi celular. Abro el candado y atiendo. Es Cecilia. Me dice que está cerca y me pregunta si puede pasar. Le digo que no estoy en mi casa. Ah, me dice. Quedamos en encontrarnos veinte minutos más tarde en un café en Scalabrini Ortiz y Santa Fe.

Estoy en el café con Diego y Alejandro cuando llega Cecilia. Me da un beso, saluda a mis amigos y se sienta. Pide una lágrima y parece a punto de ponerse a llorar. Mis dos amigos se dan cuenta de que algo pasa, están petrificados. Para suavizar la situación empiezo a hablar del partido que acabamos de jugar, de cómo la pelota vasca te cambia la energía, te limpia, te deja como nuevo.

—Andrés dejó todo en la cancha —dice Diego mirando a Cecilia. Y Cecilia, que siempre se toma las cosas demasiado literalmente, me mira como si yo fuera un fantasma, un cuerpo sin materia, una caparazón vacía que toma un café.

Después de un rato mis dos amigos se van y nos quedamos solos Cecilia y yo. Le pregunto de dónde viene.

—Del homeópata —me contesta, y se le ilumina la cara y le cambia el humor—. No sabés lo bien que me hizo.

Le pregunto si ya tomó los remedios.

—No, pero la charla sola me hizo bien. Al despedirnos le pregunté: “Doctor, ¿usted cuándo cree que voy a cambiar?”. “Tal vez mañana mismo”, me contestó.

De pronto suena mi celular. Atiendo: una voz de hombre me pide por Cecilia. Le paso el teléfono: es su homeópata. Conversan un rato largo. Cecilia anota cosas en una servilleta del bar. Cuando corta, me dice que no se animó a darle el número de su celular porque era la primera vez que iba, y nunca le da el teléfono a desconocidos. El médico la llamó para cambiarle la potencia del remedio que le recetó, en vez de a la sexta tiene que ser a la novena, cinco globulitos al levantarse y cinco antes de irse a dormir. La acompaño a la farmacia. Apenas salimos a la calle Cecilia abre el frasco del remedio homeopático, se mete todos los globulitos en la boca de golpe y se los traga de una sola vez.

• • •

Vamos a mi casa. Cecilia me pide prestada la lima de uñas. Le digo que una lima es algo que no se comparte, es como un cepillo de dientes, pero igualmente la busco en el botiquín del baño y se la traigo. Me pongo a

cocinar algo. En la alacena hay tres latas de tomates y dos sobres de sopa instantánea. Cecilia se lima las uñas mientras conversamos. No puede dejar de hablarme de su homeópata; parece radiante, iluminada. Me cuenta en detalle toda la consulta. Dice que ante cada respuesta de ella el médico se ponía contento, como si estuviera confirmando un diagnóstico feliz. Ah, qué bien, qué bien, decía, por ejemplo, cuando Cecilia comentaba que dormía por lo general con los pies destapados. Cada pequeño dato que ella agregaba, cada nueva información sobre los hábitos de Cecilia, hacía que al homeópata se le dibujara otra sonrisa en la cara.

• • •

No sé muy bien cómo fue, pero un día me di cuenta de que a Cecilia se le llenaban los ojos de lágrimas frente a cualquier cosa. Un perro que no quiere cruzar la calle, su dueño lo arrastra. Una película por televisión. Una canción en la radio. Su madre llama por teléfono desde Banfield. De a poco empecé a darme cuenta de que se emocionaba de esa manera frente a cosas que a nadie más le provocaban esa clase de sentimientos. Nunca supe si tenía que preocuparme y quedarme callado o si era mejor hablarlo con ella. Terminé contándoselo a mi psicoanalista. Él, por supuesto, no me hizo ningún comentario.

• • •

Estamos sentados frente a mi tercer televisor, el de la cocina. Cecilia mira únicamente documentales. Los que más le gustan son los de animales, como a todo el mundo. Busca por los canales hasta que encuentra un primer plano de un coatí. El plano dura mucho tiempo; de fondo se escucha una música

militar, trompetas y redobles de tambores. Pero pronto descubrimos que se trata de una imagen que está dentro de una película de ficción: dos chicos rubios juegan a ser cazadores y el coatí se esconde asustado. Cecilia, impaciente, con los ojos llenos de lágrimas, apaga el televisor. Nos tiramos sobre la cama de mi habitación. Cecilia me pregunta si quiero fumar. Le digo que juntos tomamos la decisión de dejar el cigarrillo hace más de seis meses y juntos estamos transitando este camino, este cambio. Me mira en silencio. Después abre la boca como para decir algo pero se queda callada. Hasta que finalmente habla: “Me muero por un cigarrillo”, dice. Yo no digo nada. Propone salir a tomar un café. Caminamos seis cuadras hasta Las Heras y encontramos una confitería abierta. Yo pido una bebida dietética; Cecilia pide una lágrima y otra vez parece a punto de ponerse a llorar. Me dice que tiene que hablarme: no quiere que nos volvamos a ver. Le propongo ir a dar una vuelta en su auto. Vamos a la Costanera. Cecilia se baja y se sienta sobre la baranda que da al río. Yo la sigo y me siento con ella ahí. Los dos miramos al infinito, como si el infinito fuera algo que se pudiera mirar.

• • •

Juan me llama una tarde a la oficina. Quiere encontrarse conmigo; necesita hablar. Se siente tironeado, dice, entre Claudia con su yeso, Cecilia, que es muy demandante y lo absorbe, y mi ex mujer que lo llamó por teléfono con amenazas para que deje de ver a Claudia. Le doy cita en el barcito de Rodríguez Peña y Marcelo T. de Alvear. Lo que Juan necesita es alguien que lo escuche, así que prácticamente no hablo durante nuestro encuentro. Después de la charla Juan dice que se va al cine y decido acompañarlo. Tiene un reloj Swatch en la muñeca izquierda. En la película

hay muchos momentos de silencio y el ruido de las agujas al moverse es muy fuerte. Además, uno de los personajes secundarios se parece demasiado a mí, tiene las mismas dudas, se hace las mismas preguntas. Eso me irrita. Pido permiso a toda la fila y salgo al baño. Me encierro en una cabina y me quedo ahí todo el tiempo que puedo. Esto resulta mucho tiempo. Tanto que, cuando vuelvo a entrar al cine, Juan ya no está sentado en la butaca en la que lo dejé.

• • •

Lipo y Ezequiel hacen las paces y mi hermano se vuelve a mudar a su casa. Un sábado a la tarde decido ir a visitarlos con mis hijos. Mi ex mujer no quiere que los lleve ahí porque dice que en esa casa se fuma marihuana. Desde que me separé yo también fumo cada tanto. Le compro veinte pesos a Lipo, que me duran un par de meses. Parece que cerca de la casa vive un hombre de más de cincuenta años que tiene plantas de semillas holandesas. El olor de esta marihuana es más suave que el de las locales pero a la vez el producto es más intenso, me explica Lipo siempre que me entrega un poco; lo dice con las mismas palabras, como un cajero de fast food. Juego con mis hijos en el jardín y le hago una toma de judo a Celeste. Ellos también saben judo, toman clases los dos juntos. Celeste me hace una toma a mí, me tira al piso, y en la caída me tuerzo el brazo, que queda aprisionado entre mi cuerpo y el piso. Mi hijo me salta encima y me pega con los dos puños con todas sus fuerzas mientras Celeste se sienta sobre mi espalda y me inmoviliza. Lucas me deja la oreja sangrando: me da un golpe seco con una palita de hierro de jardín. Me pongo agua oxigenada, los reto un poco, y los dejo al cuidado de Lipo y Ezequiel mientras voy a la panadería a comprar

facturas para el té. Al día siguiente me ponen un yeso en el brazo por cinco o seis semanas.

• • •

El viernes a la noche tengo el casamiento de Luz, la hermana menor de mi ex mujer. No me extraña mucho que me haya invitado, Luz es con quien mejor me llevo de toda esa familia. Tiene veintitrés años y no parece importarle lo que digan sus padres o su hermana, que me odian. Decido ir de todas maneras, a pesar del yeso y del clima adverso que seguramente voy a encontrar en el salón. La invitación es para Cecilia y para mí, pero como no nos vemos desde el día del homeópata, el día que intentamos mirar el infinito, invité a Ezequiel en su lugar. Para poder usar el saco del traje tuve que descoserle la manga porque si no el yeso quedaba trabado.

Luz me saluda con demasiada efusividad y me doy cuenta de que caí en su trampa: me está usando para demostrar su independencia. Sirven la comida, son dos entradas, plato fuerte (carré de cerdo) y carrito de postres. Me toca en la misma mesa que mi ex mujer y su nuevo novio. Con las dos entradas no tengo problemas, uso el tenedor con la mano izquierda, a pesar de ser diestro. Pero para el carré de cerdo me veo obligado a pedirle ayuda a un mozo. El mozo se lleva mi plato; veo que lo apoya sobre una barra, a lo lejos. Me lo trae de vuelta con toda la carne cortada en pedacitos. Mi ex mujer le comenta a su nuevo novio que así es como les dan de comer a Lucas y a Celeste en el comedor de la escuela.

Más tarde estoy bailando. Levanto alternadamente un brazo y el otro por arriba de las cabezas. Levantar el yeso ahora me cuesta mucho menos que el día que me lo pusieron, debo haber desarrollado músculos especiales. De pronto, entre las cabezas de los bailarines, veo a alguien que me mira. Es

Juan, que baila con Claudia en medio de la pista. Claudia está de espaldas a mí y entre tanta gente no la veo bien, pero deduzco que le quitaron su yeso; se mueve con demasiada libertad. Saludo a Juan agitando la mano de mi yeso. Juan sonrío.

• • •

Perdí de vista a Ezequiel: apenas llegamos se encontró con una amiga — otra ceroseiscientos, me dijo— a quien le encargaron que grabara en video el casamiento. Lo busco por el salón pero no aparece. Voy a la barra a pedir un trago y veo que detrás hay una puerta abierta que conduce a un patio. Agarro un vaso de whisky y decido salir a tomar aire, el calor en el salón es sofocante y es el turno de la cumbia, todos pegan gritos y saltos, los hombres ya están con las corbatas desanudadas, y algunas mujeres incluso andan sin zapatos. Afuera, sentado en el borde de un cantero, está Juan fumando un cigarrillo de marihuana. Me hace una seña con el cigarrillo y me acerco. Me lo ofrece. Le digo que tengo uno mío, que saco del bolsillo. Juan me dice que su marihuana crece en las sierras de Córdoba. Yo le explico que la mía es del Gran Buenos Aires, de semillas holandesas. Me siento en el borde del cantero y fumamos de manera alternada una pitada cada uno a cada uno de los cigarrillos. Lo bueno de la situación es que ninguno de los dos intenta hacer una comparación de los productos: nadie dice “este es más suave y te tira, te deja por el piso”, “el sabor del que tengo yo es más dulzón, te pega inmediatamente, te pone más speed”, o cosas así. Simplemente fumamos.

• • •

Vuelvo del trabajo y encuentro un mensaje de Juan en el contestador. Respondo su llamado. Me dice que se le terminó la marihuana de las sierras de Córdoba y si le puedo conseguir un poco de la del Gran Buenos Aires, de semillas holandesas. Le digo que sí, y quedamos en ir el fin de semana a casa de Lipo y Ezequiel.

• • •

Juan me pasa a buscar en coche; Cecilia le prestó su Renault 12. A él lo sigue viendo pero a mí no me quiere ni hablar. Intenté llamarla a su celular varias veces pero siempre encuentro el contestador, y el teléfono de su casa tiene una grabación que dice que ese número no pertenece a ningún abonado en servicio.

• • •

A la tarde Juan y mi hermano duermen la siesta; Lipo no está. Por lo general yo no duermo durante el día, así que me subo al auto de Cecilia y enciendo el motor. Nunca manejé con el brazo enyesado y quiero ver si puedo con una sola mano. Para probar, empiezo a dar vueltas a baja velocidad por el jardín alrededor de la casa, pero al final de la tercera vuelta me llevo un macetero rojo por delante y me doy por vencido. Bajo del auto, me siento en una silla de hierro en el porche de entrada y miro la calle y, extrañamente, veo pasar en el lapso de cinco minutos cuatro Peugeot 504 color azul eléctrico. En la semana, cuando voy al psicoanalista, le cuento todo este último episodio como si fuera un sueño. Hay muchas cosas simbólicas para interpretar y tengo la impresión de que si se lo contara como un episodio de la vida real él no me haría ningún comentario. Voy tres

veces por semana al psicoanalista. En cada sesión me siento otro, es como si flotara en el aire mientras hablo. Al principio de mi terapia, dos años atrás, nada fluía; pero ahora hay días que no puedo esperar el turno y hablo solo en mi cabeza o me grabo en un cassette en el equipo de música de mi casa. Descubrí que tiene micrófono incorporado y eso me entusiasma. Antes de psicoanalizarme hacía yoga y mi profesor me enseñó a concentrarme en distintas capas de sonidos. Los más lejanos, los que están a una distancia media, los que están más cerca, los que producimos nosotros mismos... Después cambié el yoga por el psicoanálisis. Mi miedo es ahora cambiar el psicoanálisis por el autoanálisis, con este asunto del micrófono del equipo. O por la televisión. Pasé demasiado tiempo ignorándola y eso es peligroso, me dice mi psicoanalista; tanta indiferencia no puede provocar más que deseo.

• • •

Salida al cine con Juan, Lucas y Celeste. Antes de entrar Juan les compra un reloj imitación Swatch a cada uno. Durante la película estoy rodeado: lo único que escucho son los tictacs de los tres relojes que cobran más y más presencia. Los tres tictacs se cruzan, se intercalan, nunca coinciden.

• • •

Al día siguiente es domingo y le pido a Juan que me lleve a San Miguel a visitar a mis padres en el coche de Cecilia. Antes de entrar fumamos marihuana estacionados en la puerta. Es la única manera de aguantar su doble demencia senil. Al verlos así, coordinando con tanta precisión su irracionalidad, se me ocurre que tendría que cocinarles una torta de

marihuana y traerla la próxima vez de regalo. Lipo, Ezequiel y Juan vienen a mi casa una noche de la semana y cocinamos. Lipo tiene la receta. Preparamos la torta mezclando las dos clases, la de semilla holandesa y la de las sierras de Córdoba. Después de hornearla pongo la torta a enfriar en el lavadero, cubierta con un repasador y una vez que está a temperatura ambiente la meto en el freezer y espero la próxima visita.

• • •

Quince días más tarde vamos con Juan y Ezequiel de vuelta a San Miguel con la torta de marihuana. Tocamos el timbre y nos intercepta una vecina; la conozco desde los doce años pero nunca supe su nombre. La vecina nos dice que están en el hospital. Le pregunto de quién habla. De Jaime, me dice ella. Jaime es mi padre.

• • •

Cuando llegamos al hospital ya es tarde. Mi madre tiene puesto un guardapolvo blanco y nos saluda con su cara de todos los días, como si fuera lo más natural encontrarnos ahí, en el hall de un hospital público. Un médico se acerca con una expresión de tristeza mucho más intensa que la de mi madre. Nos habla en voz grave y baja, tan baja que tengo que hacer un esfuerzo para entender lo que dice. Me concentro en escucharlo únicamente a él, hago abstracción de los llamados por los parlantes y del ruido de la enceradora que alguien pasa en el piso de abajo y retumba en el hueco de la escalera. El médico pregunta quién va a reconocer el cuerpo. Yo, digo. Me llevan a la planta baja a una especie de pasillo. Miro una fracción de segundo y desvío la mirada. Es la tercera vez que veo un muerto. “Es mi

padre”, le digo al médico. Pero en ese mismo momento dudo: puedo estar equivocado, tal vez es otra persona. Tiene algo distinto. Además, hay miles de hombres de más de setenta años, canosos, de un metro setenta y cinco y de aspecto judío. Las personas no son tan particulares y la muerte, supongo, hace que todos nos parezcamos.

• • •

Volví al psicoanalista. Lo extraño es que en la sesión de hoy ni siquiera mencioné la muerte de mi padre. Él me habló todo el tiempo del sueño del coche que manejaba con una sola mano alrededor del jardín, del macetero rojo, de los cuatro Peugeot 504 azul eléctrico a la hora de la siesta.

• • •

Ezequiel decide irse de lo de Lipo y vuelve a mudarse con mi madre a la casa de San Miguel. Ella, en vez de hundirse, parece haber renacido. Sale prácticamente todas las noches, me dice Ezequiel. Va mucho al bingo y a bailar tango hasta cualquier hora con sus amigas. Ezequiel empezó a trabajar en una fábrica de pastas de la zona y se levanta al alba. Muchas veces mientras desayuna se la encuentra a mi madre que vuelve de bailar. Dice que le encanta sorprender el amanecer. Igual sigue un poco perdida. Una noche que volvió del bingo a eso de las dos de la mañana se metió equivocada en la quinta de unos vecinos y durmió en un sillón hamaca del porche, creyendo que el porche era su dormitorio y el sillón hamaca su cama.

• • •

Llueve, el fin de semana todo se inunda y el yeso se humedece. Lo único que podemos hacer es quedarnos en mi casa y jugar a las cartas o a la generala mientras afuera diluvia, las calles se convierten en ríos y los días pasan oscuros hasta casi parecer noches. Las luces de mi departamento están todo el tiempo encendidas; las sábanas y las toallas siempre húmedas; las paredes, mojadas. Me pregunto qué estarán haciendo mi madre y Ezequiel, los dos solos, encerrados en la casa de San Miguel, envueltos en el mismo fenómeno climático que nosotros pero al mismo tiempo tan lejos. Así pasan cuatro días y al final ya casi no nos quedan recuerdos del sol, ni de algo seco.

El martes a la noche todavía sigue lloviendo. Suena el teléfono: es Cecilia. Se enteró por Juan de la muerte de mi padre y quiere saludarme. Me dice que está saliendo con su homeópata. Él es casado pero le prometió dejar a su mujer el mes que viene. Juan también le habló mucho de mi brazo enyesado y quiere saber cómo fue exactamente. Yo prefiero no pasar por la humillación de contarle que mis hijos me atacaron, me tiraron al suelo y no pararon de golpearme hasta conseguir fracturarme el brazo, así que esquivo el tema. Nos deseamos suerte mutuamente y cortamos.

• • •

Hay un paréntesis de tres días de sol pero la lluvia vuelve. Y después, otra vez sale el sol. Todos esperamos que el buen tiempo ahora dure un poco más aunque hace ya dos semanas que terminó el verano. Juan me acompaña a la clínica; finalmente van a sacarme el yeso. Esperamos el turno durante más de una hora en la sala de espera con vista a la calle. Me concentro en el tictac amplificado del reloj de Juan y dejo que el tiempo

pase. Cuando se escucha mi nombre por los parlantes nos despedimos; Juan dice que me espera, pero yo sé que cuando salga sin el yeso ya no va a estar ahí.

• • •

La semana pasada también venció mi contrato de alquiler. Con el dueño arreglé una prórroga de veinte días porque por lo que pasó no tuve tiempo de buscar departamento. Ahora busco en los clasificados. Son cosas que hago cada dos años, cada vez que me vence un contrato. Pienso cambiar de barrio, tal vez Caballito. Mientras tanto voy guardando todas mis cosas en canastos, descongelo la heladera y vuelvo a meter mis tres televisores en las cajas de telgopor en las que venían cuando los compré. Vivo así mientras busco, para que la mudanza sea menos traumática. El brazo sin yeso ahora lo siento más liviano, es como si ya no existiera la gravedad. Lo raro es que en lugar de haber ganado un brazo siento una pérdida. Algo se fue para siempre, algo irrecuperable. Toda la fuerza que desarrollé ya no tiene por dónde canalizarse, tengo más de la que necesito. Mi brazo pesa tan poco, está tan pálido, tan delgado... Es como si hubiera perdido todas sus cualidades, ya no lo reconozco, dejó de ser mío, es el brazo de otro.

•







## LITERATURA

Paro un segundo de bailar y me doy cuenta de que estoy agitado, así que decido salir de la pista y tomarme un descanso. Ya hace casi tres horas que bailo sin parar. Pido un gin tonic en la barra y me siento en un sillón de pana rojo cerca de las puertas de los baños. Enciendo un cigarrillo y trago humo. Sin querer empiezo a seguir el ritmo de la música con el pie; pego golpes cada vez más fuertes contra el piso de madera y puedo escuchar el ruido de la suela de mi zapato junto con la música. De a poco empiezo a mover rítmicamente la cabeza también, a toda velocidad, hasta que los movimientos se convierten en convulsiones. Muevo todo el cuerpo como si estuviera en trance con tanta violencia que volteo el vaso de gin tonic que dejé apoyado sobre la mesa al lado del sillón.

• • •

Son las dos y cuarto de la tarde. Mi madre abre la puerta de la habitación; intenta despertarme. No quiero salir de la cama. Me destapa completamente, tira de las sábanas y la frazada que me cubren y abre la persiana y la ventana de par en par. La ventana de mi cuarto da a un lavadero; el lavadero da a un jardín con pasto muy crecido y una pileta de cemento blanco vacía desde hace mucho tiempo. Mi casa queda en una cuadra de casas bajas en Ramos Mejía. Cuando nací mi familia ya vivía ahí. Diez años después mis padres se divorciaron y vendieron la casa. Mi padre

se fue a Venezuela y mi madre y yo vivimos durante un año y medio en lo de mis abuelos maternos en la ciudad de Córdoba. Al mes de habernos mudado ahí ya se me había pegado la tonada. Tiempo más tarde mi madre conoció a Raúl, un mendocino dueño de una cadena de disquerías de la zona oeste del Gran Buenos Aires. Mi madre y yo nos volvimos. Primero vivimos un tiempo en una quinta en Merlo. Teníamos cuatro perros y retomé el acento porteño inmediatamente. Un día mi madre fue a visitar a una prima en Ramos Mejía. De camino, pasó por nuestra antigua casa y vio que estaba en venta. Ese fin de semana fueron con Raúl a ver la casa y mi madre lo convenció enseguida de que la compraran, sin decirle nunca que antes habíamos vivido ahí. A los pocos meses nos mudamos. Con mi madre nunca hablamos del tema de la casa, pero siempre existió entre nosotros un acuerdo tácito de no decir nada.

• • •

Me visto con vaqueros, una remera blanca y arriba una camisa escocesa, y salgo de mi cuarto. Entro al baño y me vuelvo a desvestir para darme una ducha. El agua fría me pega un rato largo antes de que empiece a salir caliente. Me seco el cuerpo pero no el pelo, me visto, voy al garaje, agarro mi moto y salgo a la calle.

Es sábado. El tráfico es bastante denso. No uso casco y el pelo mojado se seca con el viento. Paro en un semáforo a la misma altura que un Renault 21 rojo que maneja una mujer de unos treinta y cinco años. La mujer me mira un segundo de más y me imagino que me va a insultar, aunque sin ningún sonido, únicamente con los labios. Pero no hace nada y cuando cambia el semáforo enseguida acelera. Arranco un instante después, intento

alcanzarla, pero me doy cuenta de que lo que estoy haciendo no tiene sentido y dejo de pensar en eso.

Estaciono la moto delante del kiosco de Lucio. La radio pasa música clásica. Nos saludamos y me siento en un banquito al lado de la heladera adonde están los lácteos a pesar de que odio la leche y el yogur. Almorzamos en el kiosco, comemos dos superpanchos cada uno, y en un momento de la tarde Lucio se va por cuarenta minutos a pagar una cuenta. Durante ese tiempo tengo que atender el kiosco yo. Atiendo a cuatro clientes y vendo dos atados de cigarrillos, una gaseosa, tres chocolates y un paquete de pastillas. Lucio vuelve y sigue atendiendo él. A las seis llega el reemplazo y Lucio y yo vamos al gimnasio, que queda a la vuelta.

Pasamos dos horas haciendo ejercicios y después vamos a lo de Lucio. En el cuarto de Hugo, su hermano menor, la computadora está encendida. Está conectada a un chat pero a Hugo no se lo ve por ningún lado. Nos quedamos un rato mirando conversaciones ajenas que van apareciendo de a poco en la pantalla. Lucio considera la posibilidad de sentarse frente a la computadora y ocupar el lugar de Hugo, que usa el seudónimo “Pelusa”.

—Con ese nombre nunca va a conseguir nada —le digo a Lucio, en el mismo momento en que Hugo vuelve del baño y nos encuentra frente a su computadora. Primero se enoja un poco pero enseguida se le pasa, arma un cigarrillo de marihuana y nos convida. Los tres fumamos y hablamos de lo que hicimos anoche. Hugo salió con dos amigas, fueron primero a una pizzería y después a casa de una de ellas que se había comprado un televisor de 26 pulgadas y miraron cable hasta las tres y media de la mañana. Lucio estuvo en el gimnasio hasta que cerró, a eso de las dos, y después se fue a dormir a lo de Mónica, una chica que conoció hace un par de semanas en el colectivo. Yo comento que fui a bailar con Mauro, Javier y

Leo, pero al mismo tiempo que lo digo me doy cuenta de que no me acuerdo cómo volví a mi casa.

—Es por la marihuana —dice Hugo.

Pero yo sé que no, la marihuana nunca me afectó la memoria. De lo último que me acuerdo es de mi pie derecho siguiendo el ritmo de la música y de estar temblando frenéticamente. No me acuerdo del momento en que dejé de temblar, ni de nada de lo que pasó después, hasta esta mañana, en que mi madre me destapó completamente y abrió las ventanas de mi cuarto de par en par.

Lucio llama por teléfono al celular de Mónica, la chica que conoció en el colectivo. Está a dos cuadras de su casa, en el veinticuatro horas de una estación de servicio. Al rato toca el timbre con dos pizzas congeladas, que ponemos inmediatamente en el horno. Un poco más tarde llegan dos amigas de Mónica y jugamos a la generala. Mónica vive en una torre de Palermo que tiene pileta cubierta en el último piso y nos invita a todos ahí. Antes de salir hacemos llamados telefónicos para invitar más gente. Los demás comparten un taxi, mientras Lucio y yo viajamos en mi moto. En lo de Mónica nos cambiamos en el vestuario, y nos tiramos al agua.

• • •

Mojados, conversamos alrededor de la pileta y planeamos el resto de la noche. Algunos quieren ir a bailar. Yo no tengo muchas ganas pero decido ir igual. Vamos a una discoteca que queda en el centro. En medio de la pista bailo un rato solo junto con Hugo y, cuando me doy vuelta, enfrentado a Mónica. Sigo moviéndome, la veo a ella también moverse, y me pregunto si estaremos bailando juntos. Cada tanto la miro para saber cuál es realmente la situación, pero ella mira todo el tiempo para otro lado. Tal vez me mira

cuando no la miro, y la vida podría seguir siempre así, eternamente. Hasta que en un momento que desvío la mirada de los ojos de Mónica veo a Javier que camina por la pista en dirección a mí. Javier se me acerca y me habla; quiere saber adónde me metí anoche. En lugar de contestarle le pregunto cómo terminó todo. ¿Todo qué?, me pregunta él. La noche, le contesto, anoche. No sé, dice, de repente desapareciste; yo me fui a dormir a lo de Mauro.

En la pista ahora quedamos bailando únicamente Javier y yo. Todos los demás desaparecieron. Noto cómo Javier baila cada vez más y más rápido y su imagen aparece borrosa, casi fuera de foco, como si mis ojos no pudieran registrar con nitidez la velocidad de sus movimientos.

• • •

El sábado siguiente a la mañana voy con mi madre al shopping de Haedo y de casualidad me cruzo con Mónica en uno de los pasillos. Nos miramos, nos reconocemos, pero no nos saludamos. A la noche paso por lo de Lucio y le digo de ir a la pileta de Mónica. Llamamos al celular pero no contesta nadie y decidimos salir a dar una vuelta en mi moto. La ciudad está semivacía, es un fin de semana largo, el lunes también es feriado, y mucha gente se fue afuera por los tres días. Una hora y media más tarde tocamos el portero eléctrico en lo de Mónica. Mónica nos abre y subimos.

Esta noche somos apenas cinco en la pileta: Lucio, Mónica, dos primas de Mónica que acaban de llegar de Córdoba, y yo. Cuando hablo con las dos primas se me pega la tonada cordobesa y al principio Mónica se enoja porque cree que las estoy burlando. Fumamos cigarrillos y miramos la ciudad en invierno desde el piso dieciocho del edificio, mojados todo el tiempo. En el cuartito que sirve de vestuario Lucio encuentra una guitarra y

me la alcanza. Hacemos tres temas. Lucio hace percusión con una tabla de madera y unos charcos de agua que se formaron en el borde de la pileta. Antes de irnos le pido a Mónica su dirección electrónica y, apenas llego a mi casa, le mando por email dos cuentos cortos que escribí el año pasado y le aclaro que la música para mí es nada más que un pasatiempo. Lo que realmente me interesa es la literatura.

• • •

Dos semanas más tarde llamo por teléfono a Mónica y la invito a salir. No tuve noticias suyas desde que le mandé el email con los cuentos. Vamos a tomar algo a un pub de Barrio Norte y fumamos dos cigarrillos antes de que ella saque el tema.

—Leí los cuentos —dice, aspirando el humo.

—Ahá.

—Están muy bien escritos.

—Hm.

Mónica da otra pitada y me mira directamente a los ojos.

—Pero la verdad es que no sé qué es lo que tienen de especial. Todos los años se publican miles de cuentos como esos. No me parecen para nada originales. Están re bien escritos, ya te lo dije, súper profesionales. ¿A vos te importan esos personajes?

No contesto su pregunta y ella sigue hablando.

—Claro, cómo no te van a importar si escribís sobre ellos. Pero me pregunto por qué me tienen que interesar a mí si a ellos mismos no les importa nada de sí mismos. Son como robots, no tienen sentimientos, ni metas en la vida, nada... Nada que les importe. Yo también fui a un taller literario y entiendo un poco del tema.

—Yo nunca fui a un taller literario.

—Ahá.

Nos quedamos un rato en un silencio un poco incómodo hasta que Mónica vuelve a hablar.

—Yo creo que la vida de la gente tiene que tener sentido. Hay que tener objetivos, algo positivo que nos haga seguir adelante, desafíos para mejorar, ser mejores personas.

—¿Todo eso lo aprendiste en el taller?

—Espero que no te enojas. Por lo menos te fui sincera.

—No, claro.

—Además, ya te lo dije. Están re bien escritos.

—Sí, ya me lo dijiste.

• • •

Después del pub llevo a Mónica a bailar a una discoteca. Llegamos a la una y cuarto, es demasiado temprano. En el local hay apenas siete personas, contándonos a nosotros. La música está muy baja y las luces de la pista están apagadas. Nosotros igual empezamos a bailar. Todo es muy frío entre los dos, bailamos sin mirarnos, yo miro mis pies, Mónica no sé para dónde mira porque no la miro. Seguimos así durante cuarenta y cinco minutos, hasta las dos de la mañana, justo cuando empieza a llegar gente. Sin decirnos nada los dos decidimos que es hora de irse.

Llevo a Mónica a la casa y después vuelvo a Ramos Mejía a unos 60 kilómetros por hora, aunque la velocidad en la moto parece mucho mayor. Abro la puerta del garaje pero antes de detener el motor cambio de idea y vuelvo a hacer el camino a lo de Mónica. Le toco el portero eléctrico y tenemos una discusión, yo en la calle, ella arriba, en el departamento. Le

digo que me criticó los cuentos porque en realidad está secretamente enamorada de mí y que quiero subir ya mismo, pero Mónica no me abre la puerta. Vuelvo a Ramos Mejía a 120 kilómetros por hora.

• • •

En el verano me consigo un trabajo en un local de ropa de Villa Gesell. Mónica veranea en Pinamar con sus padres y su hermano mayor y nos vemos casi todos los días, a pesar de que a su familia no le caigo nada bien. Vine con mi moto y del local me mandan a otros balnearios con bijouterie y artesanías para que venda en la playa. Uso un sombrero de paja ancha y sandalias trenzadas de cuero marrón de suela dura extrachata. Mis pies están endurecidos por el calor y el roce constante con la arena. Cada noche escribo un poco, ya tengo tres cuadernos llenos.

• • •

Con el otoño en Buenos Aires seguimos viéndonos. En mayo publico mi primer libro de cuentos en una editorial desconocida. El padre de Mónica se ocupa de todo. Un domingo estamos en la quinta de ellos en Escobar y ve un aviso en el suplemento literario de un diario: “Se necesitan escritores de cuento, novela o poesía”. Llama por teléfono y pide una entrevista para mí. En la editorial me explican la situación: yo les entrego los originales más tres mil quinientos pesos y ellos se hacen cargo de la edición, publicación, arte, distribución y prensa. Hay una segunda opción de dos mil quinientos pesos que incluye todo menos la prensa. El libro llega a veinticinco librerías seleccionadas de la Capital, Rosario, Córdoba y Mendoza, y en el verano a las librerías más importantes de los principales balnearios de la Costa

Atlántica. El padre de Mónica decide poner los tres mil quinientos pesos porque se dio cuenta de que la cosa entre Mónica y yo va en serio y prefiere, dice, que su hija esté de novia con un escritor publicado antes que con uno inédito.

• • •

Hago una selección de mis doce mejores cuentos, se los doy a Hugo, el hermano de Lucio, para que los revise, y después los entrego a la editorial. La tapa es un dibujo que hizo Lucio y me regaló para mi cumpleaños cuando estábamos en cuarto año del secundario. La contratapa tiene un texto que escribí yo y una foto que me sacó Hugo en la que me tapo la cara con las dos manos y apenas se me ve parte de la boca y la nariz. Hasta último momento no sé muy bien qué título ponerle. Finalmente, la noche antes de que el libro entre a imprenta voy a la oficina de la editorial, me siento frente a la computadora del diseñador gráfico que en ese momento debe haber ido al baño y, como si se tratara de escritura automática, cierro los ojos y escribo en mayúsculas arriba del dibujo de Lucio la palabra “literatura”.

• • •

El día en que el libro sale publicado vamos con Mónica, Lucio y Hugo a bailar y después me quedo a dormir en lo de Mónica. Estoy sobreexcitado y no consigo mantener los ojos cerrados. Me concentro en el reflejo de una luz roja que hay en el vidrio de la ventana, no sé si es de la calle, de una antena para aviones de otro edificio, o qué. Me pregunto de dónde viene esa luz exactamente y de pronto la veo entrar en un movimiento casi

convulsivo. El rojo entra y sale de foco por la velocidad, el reflejo tiembla y se agita cada vez más rápido, pierde forma, igual que aquel día en la discoteca, cuando ya no sabía si lo que bailaba era yo o eran las cosas.

• • •

A la semana siguiente voy con la lista que me dio la editorial y recorro una por una las librerías en las que supuestamente se distribuye *Literatura*. Decidí esperar una semana porque en la contratapa está la foto mía que me sacó Hugo y me paraliza la idea de que los librereros me reconozcan. Lo primero que hago es fijarme entre las novedades y después en la sección “Ficción”, por orden alfabético. Solamente en una librería me animo a pedirlo. “¿Autor?”, me pregunta el librero. Digo mi nombre y, sin fijarse en ninguna lista, el hombre me dice que todavía no se lo entregaron.

• • •

El verano siguiente volvemos a la costa. Como al padre de Mónica lo avergüenza que yo ande de vendedor ambulante por la playa esta vez me invitan a la casa de ellos con todo pago. En la carpa de al lado se instala una pareja de amigos de la familia de hace años, siempre comparten los primeros quince días del mes de enero en ese mismo balneario. Ella se llama Celia y él Jaime y los dos tienen una edad indeterminada, arriba de los cincuenta años, hablan en voz muy alta, y no paran de hacer chistes. Juego al truco con ellos y me preguntan a qué me dedico. “Soy escritor”, digo. Jaime y Celia quieren saber si ya publiqué y cuando les digo que sí, me preguntan el título del libro. “Literatura”, contesta el padre de Mónica levantando la vista del diario. Jaime y Celia estallan a carcajadas como si se

tratara de un chiste, y a la tarde los tres salimos por las librerías de todo Pinamar a buscar el libro, que nunca encontramos. “Vayamos a Villa Gesell”, dice Jaime sin perder el entusiasmo. Celia decide quedarse, tiene mucho que hacer en la casa, lavar toallas y cocinar dos tartas.

Jaime pisa el acelerador en la ruta y su Ford Mondeo llega a ir a 150 kilómetros por hora. Me abrocho el cinturón de seguridad y le pregunto si el coche está preparado. Me dice que no, y acelera todavía más.

Llegamos a Villa Gesell a las seis y cuarto de la tarde con 34 grados. La ciudad está desierta. Vamos a la librería más grande del balneario y nos fijamos primero en las mesas, después en los exhibidores, y por último en los estantes, pero nada. Recorremos dos librerías más y finalmente nos damos por vencidos. Volvemos a Pinamar sin pasar nunca los 90 por hora.

Al día siguiente en la playa veo a Jaime y a Celia acercarse por la arena caliente intentando no quemarse los pies. Ella tiene unas sandalias de cuero chatas, muy parecidas a las trenzadas que usaba yo el año pasado cuando vendía artesanías y bijouterie, y una túnica africana a dos colores. Él tiene puestas zapatillas blancas de tenis, una camisa de manga corta lisa, y bermudas; en la mano trae un libro que no deja de agitar durante todo el camino, como si fuera un trofeo.

—¡Literatura! ¡Literatura! —grita desde lejos y, ya más cerca, en un tono de voz más baja, dice—: Lo encontró Celia en una mesa de saldos de un polirrubros de la Bunge. Me lo terminé anoche. Lo leí todo de un tirón.

Celia comenta que cuando Jaime apagó la luz ya era de día y que sus risas no la dejaron dormir en toda la noche.

—No sabés cómo me divertí, pibe. Extraordinario.

—Parece que tenés mucho talento —me dice Celia, señalando a Jaime.

El padre de Mónica se los queda mirando, semiescondido detrás del diario, y Mónica, que en ese momento me está poniendo bronceador en la

espalda, empieza a pasarme la crema haciendo círculos concéntricos cada vez más grandes.

• • •

Dos días después Celia, la madre de Mónica y Mónica se van a caminar por la playa. Como pasan dos horas y no vuelven los hombres salimos a buscarlas. No habremos hecho un kilómetro hacia el sur cuando vemos las siluetas de las tres a lo lejos caminando hacia nosotros. Vienen riéndose y cuando nos cruzamos nos dicen un piropo, nos tiran arena mojada, y los seis empezamos a tirarnos arena de manera un poco salvaje. Corro hacia el mar, me meto adentro, vuelvo a salir, y veo que los otros cinco se desplazaron hacia la zona seca de la playa, y ahora con la arena en polvo duele más cuando te tiran y se te mete en los ojos, así que Jaime y el padre de Mónica dicen “Eh, eh, eh, eh, esto se terminó”, y se termina el juego. Volvemos todos a la carpa, nos cambiamos por turnos detrás de las cortinas de lona, y después llevamos las canastas y reposeras a los coches. A la noche comemos todos juntos un asado en la casa de la familia de Mónica, que tiene un jardín enorme que da a un pinar oscuro y misterioso.

Al día siguiente, en la playa, a última hora de la tarde, organizamos otra caminata. Unos veinte minutos después de salir, cuando la gente del balneario ya quedó atrás y la playa está prácticamente desierta, Celia y la madre de Mónica empiezan una nueva guerra de arena. Nosotros seguimos la caminata a paso normal, hasta que escuchamos gritos medio salvajes y, al darnos vuelta, vemos que las dos mujeres se tiran arena seca directamente a los ojos. “¡Hija de puta!”, grita la madre de Mónica. “¡Basura de mierda!”, le contesta Celia. Se agarran de las mallas y de los pelos, Celia se cae al suelo y la madre de Mónica se le tira encima. Celia consigue levantarse y

corre hacia el mar escapándose de los arañazos y gritando “¡Guacha sucia!”. La madre de Mónica corre hacia ella y vuelve a atacarla. Celia se defiende pero evidentemente es la más débil. Cuando llegamos a separarlas las dos tienen las mallas arrancadas, los ojos rojos y están cubiertas de arañazos y arena.

• • •

Esa noche la madre de Mónica tiene fiebre, moretones por todo el cuerpo y los ojos muy hinchados. A eso de las tres de la mañana llamamos a un médico de la cobertura, que por suerte alcanza también la Costa Atlántica y el Uruguay. Llega una ambulancia y le hacen un chequeo completo. Por suerte no es nada y la autorizan a hacer vida completamente normal. Al día siguiente, cuando vamos a la playa, la carpa de Jaime y Celia está vacía, y durante el resto de la temporada nadie la vuelve a ocupar.

• • •

Mónica y yo queremos casarnos en septiembre y a fin de año instalarnos a vivir en Bariloche. Un hermano de Mónica vive ahí, tiene una agencia de viajes y una empresita que se ocupa de plomería, gas, electricidad, jardinería, carpintería y todo tipo de arreglos domésticos. Mónica trabajaría con él en la agencia de viajes y yo en la empresita, hice la secundaria en un colegio industrial y me doy bastante maña para ese tipo de cosas. Cuando anunciamos el casamiento la reacción es positiva en las dos familias. El padre de Mónica se compromete a pagar la mitad de la fiesta y mi padre, por teléfono desde Caracas, la otra mitad, y me asegura que va a viajar especialmente a Buenos Aires por primera vez en catorce años. Pero el día

antes de volar tiene un accidente y tenemos que cancelar el casamiento. Viajaba en jeep a su hacienda de Los Llanos a 130 kilómetros por hora, se le reventó una goma, dio dos trompos en el aire y volcó. Tuvieron que llevarlo de urgencia a Valencia y de ahí en ambulancia al Hospital Americano de Caracas. Aurora, su actual mujer, que todavía no conozco, me llama por teléfono para avisarme y me pide que viaje a Venezuela la noche siguiente. El pasaje ya está comprado, lo único que tengo que hacer es retirar el boleto electrónico en el mostrador del aeropuerto de la compañía aérea dos horas antes del vuelo.

• • •

Aurora viene a recibirme y me lleva al hospital en su coche. Es un dos puertas japonés de color crema. Ella tiene unos 48 años, aspecto completamente caribeño, y es bastante gordita y muy conversadora. “Tu padre no se hizo nada, absolutamente nada”, es lo primero que me dice para tranquilizarme. “Es un exagerado. Apenas unos rasguños en las piernas y un par de moretones en el pecho y las costillas. Le gusta armar escándalo por cualquier cosa. Cosas de argentinos, él es argentino, su médico es argentino, su capataz es argentino, su abogado es argentino. Son todos argentinos”, dice, y se pone a silbar un tango entre dientes. Me parece que es “Uno”, pero con el ruido de los coches en la autopista de semimontaña, vamos a 140 kilómetros por hora, y la irregularidad del silbido, la melodía de la canción nunca se termina de formar.

Llegamos al Hospital Americano y Aurora sigue hablando de lo mismo que en el coche, los argentinos esto, los argentinos lo otro. Habla siempre con el mismo tono y volumen, y me parece estar en una de esas películas en

las que cambian el tiempo y los escenarios pero la conversación de los personajes sigue de lugar en lugar como si fuese algo continuo.

Aurora se detiene en la puerta de un cuarto, interrumpe su monólogo y me dice: “Es acá”. Enseguida me advierte que mi padre está medicado y que puede llegar a decir cosas un poco incoherentes. Entro al cuarto. Mi padre está acostado en una cama blanca y tiene la cabeza completamente vendada.

—Ricardo, Ricardo —dice Aurora, y lo sacude un poco—. Llegó tu hijo. Andrés.

—Hola, papá.

—Hola, hijo —me dice, con la voz pastosa—. No sabés lo contento que estoy de verte.

Aurora levanta la persiana, dice que nos deja solos y sale de la habitación. Apenas se cierra la puerta, mi padre se apura a pedirme disculpas por haberme arruinado la fiesta de casamiento.

—Dejate de joder, viejo, como si lo hubieras hecho a propósito. Ahora tenés que ponerte bien, recuperarte, y después volvemos a fijar fecha.

—Hmm. Día más, día menos, todavía te queda toda una vida por delante. ¿Están seguros de que quieren irse a vivir a Bariloche? Cada vez nos alejamos más. Vamos a estar en el mismo continente pero en los extremos más opuestos, vos en la nieve y la montaña, casi en los glaciares, y yo, mirame bien, acá en el medio del Caribe. Qué paradójico.

—Sí —le contesto, y me quedo callado. No se me ocurre qué más decirle. Él tampoco dice nada, cierra los ojos y veo cómo de a poco se queda dormido.

—Es mucho más grave de lo que me habías dicho —le reprocho a Aurora en el pasillo un rato más tarde.

—No tiene absolutamente nada. La cara vendada es porque aprovechamos la internación para que se haga un pequeño estiramiento. Ya hace unos años que estábamos con ganas, y la internación en este hospital es tanto gasto que nos pareció que valía la pena sacar algún provecho.

—¿Un lifting? —pregunto, sorprendido.

—Estiramiento. Un poco de pómulos, párpados, papada...

—Ahá —la interrumpo para no oír más nada.

—Ojo, que esto quede entre nosotros tres y el cirujano. Secreto de estado.

Paso el resto del día intentando alejar de mi cabeza la imagen de la cara vendada de mi padre. Supongo que si las vendas fueran de heridas naturales serían más fáciles de aceptar.

Cuando se hace de noche Aurora y yo salimos de la clínica. Afuera el calor es pesado. Nos subimos a su coche. Decidimos ir a cenar y, sin consultarme, Aurora me lleva a un restaurante argentino.

Pedimos los dos el menú con precio fijo, que consiste en una empanada y bife de chorizo con ensalada de chauchas y huevo duro, papas paille y medio litro de vino tinto y soda. Aurora devora su bife con una avidez un poco extraña y apenas termina me dice:

—El cirujano que operó a tu padre es uno de los mejores que hay. Es un brasileño que agarramos de casualidad en Caracas a través de mi hermano, que vive y trabaja en Miami. Si te dijera los nombres de las estrellas latinas que operó no me creerías.

• • •

Ahora que sé que a mi padre le hicieron la cirugía estética no puedo acordarme de su cara. Hace siete años que no lo veo y los ojos no me alcanzan para reconstruir el resto de sus rasgos. Son las tres de la mañana y

doy vueltas en la cama del cuarto de servicio en el que me alojaron intentando recordar, pero no puedo. Me levanto y decido buscar una foto suya en la casa, abro los cajones de las cómodas del living y los del escritorio del estudio, miro en la biblioteca, pero no hay nada. Apenas una foto mía en el Tigre, debo tener unos seis años, uso una malla rayada de la que todavía me acuerdo perfectamente. Voy a la cocina con la decisión de comer algo pero en la heladera hay únicamente unas gelatinas de colores exóticos que no me animo a probar. Una mujer extraña que odia a los argentinos y está casada con mi padre duerme en la habitación principal de la casa. Sé que en uno de los baños hay dos minicocodrilos en la bañera, me lo advirtió Aurora, y los llamó “baby babas”. Me siento en el sillón de tres cuerpos que hay en el living y fijo los ojos en el paisaje nocturno de Caracas, no estamos en un piso alto pero el edificio queda sobre una colina. Las luces me hipnotizan, se hacen borrosas y siento una sensación de ausencia muy liviana que baja de alguna parte y casi sin que me dé cuenta me adormece.

• • •

Recién dos meses más tarde Mónica y yo podemos concretar el casamiento. Los motivos de tanto retraso son dos: la disponibilidad del salón y, principalmente, el hecho de que mi padre no quiere mostrarse en público hasta ese momento. El cirujano le dijo que ocho semanas era el tiempo mínimo indicado para que se le deshinchara la cara y pudiera volver a aceptarse como él mismo. Igualmente, cuando lo voy a buscar a Ezeiza me parece otro, aunque no sé si es por el tiempo transcurrido desde la última vez que nos vimos cara a cara, o por las consecuencias de la operación. Vino sin Aurora y cuando habla parece venezolano. Me llama la

atención, porque estoy seguro de que en Caracas su acento era cien por ciento porteño. En Buenos Aires no se sabe nada de su cirugía, cuando volví de Venezuela decidí no hablar con nadie del asunto y oculté la información, un poco por vergüenza y otro por discreción.

• • •

Durante casi toda la fiesta me siento como si fuera el casamiento de otro. La comida no me gusta, la música está muy fuerte y el disc jockey insiste en pasar los enganchados de la radio, que no soporto, pero que son los que hacen bailar a la gente. Mi padre baila con Celia, que reapareció con Jaime en el casamiento a pesar de la pelea en la playa con la madre de Mónica. Mónica, Hugo y Lucio encabezan un trencito que pronto va a recorrer todas las instalaciones. Mi madre llora sola en un rincón, detrás de una planta de interior artificial. Me acerco a hablar con ella, que me mira y se pone a llorar todavía más fuerte. Le pregunto qué le pasa y no me responde. Me imagino que es por haber visto a mi padre tan joven, mucho más joven que ella, estará pensando seguramente en el tiempo que se le viene encima, en cuánto envejeció quedándose en el país mientras la otra parte de la pareja que formó al principio de su vida sigue joven y más feliz en el extranjero. “Es cirugía, mamá”, le digo para tranquilizarla, y ella me mira con los ojos desorbitados, sin entenderme, como si no supiera de qué le estoy hablando, y entonces se me pasa por la cabeza que quizá lllore por otra cosa, que el motivo de su llanto tal vez no sea mi padre.

• • •

Ya pasaron diez días de mi casamiento y mi padre sigue en el apart hotel en el que se instaló el día que llegó a la Argentina. Según él, se queda en Buenos Aires por el placer que le da encontrarse con un recuerdo en cada esquina, pero yo sospecho que en realidad lo que quiere es que Venezuela se olvide de su imagen, que su cara pierda nitidez en la memoria de su círculo de relaciones laborales y amistosas, se vuelva floué, y así amortiguar el shock inevitable de la operación. Sé que apenas salió del Hospital Americano se recluyó en la hacienda de Los Llanos prácticamente solo, a no ser por las visitas esporádicas de Aurora, unos caseros, los cocodrilos y los mosquitos. Por cortesía, con Mónica retrasamos nuestro viaje a Bariloche; estos días, nuestros primeros de casados, los dos dormimos en el cuarto de soltera de ella. A mí me toca la cama de abajo, que tiene rueditas y se saca de adentro de la de Mónica. Son días de espera. Mi antigua vida ya terminó pero la nueva todavía no empieza. No puedo evitar vernos a mi padre y a mí detenidos en Buenos Aires en un punto intermedio, ni al Sur ni al Norte, en la aparente neutralidad de un territorio familiar del que yo me alejo y al que él, al mismo tiempo, parece querer volver a acercarse. Pero llega un momento en el que Mónica y yo no podemos esperar más, se nos viene fin de año encima, y cuanto más tarde peor para empezar de nuevo. Así que tomamos la decisión de volar el lunes siguiente temprano a la mañana. Para despedirnos, mi madre y Raúl deciden hacer un asado el domingo al mediodía en casa, al que invitan también a mi padre.

• • •

Estamos todos en el jardín de la casa de Ramos Mejía. El pasto sigue sin cortar y la pileta está siempre vacía, a pesar de que es verano. Recién

llegamos de hacer las compras, los hombres nos encargamos del carbón y de la carne y las mujeres de la fruta y la verdura. El cielo está gris, el verde del pasto es casi fosforescente, la luz del día tiene una intensidad que lastima los ojos. Raúl, mi padre y yo vamos a la parrilla a hacer el fuego mientras Mónica y mi madre se instalan en la cocina a preparar las ensaladas. Me siento extraño: estoy en la casa en la que nací, rodeado de mi familia más cercana.

Raúl pone el carbón y enciende el fuego, mientras mi padre y yo miramos; cuando la parrilla está caliente, le quita la grasa con hojas de diario. Me siento absolutamente prescindible, y seguramente mi padre también, porque cuando me doy vuelta ya no está más al lado mío y lo veo al fondo del jardín, bajando los escalones de cemento blanco de la pileta vacía. Tal vez esté en un estado de introspección, después de todo en esta misma casa él, mi madre y yo formamos una vez una familia. Así que me alejo de la parrilla yo también y decido bajar a la pileta con él.

Mi padre y yo estamos encerrados en el rectángulo de cemento blanco de la pileta con el cielo gris arriba como techo. El cemento está lleno de grietas y por algunas de esas grietas se cuele cada tanto un poco de pasto. Las nubes del cielo forman una masa homogénea cada vez más espesa y oscura en donde se distinguen únicamente tonalidades: plumizo en el centro, justo arriba nuestro, gris medio hacia el oeste, luminoso y aguado en lo que desde aquí abajo alcanzo a percibir como horizonte. Antes de que tenga tiempo de darme cuenta, la amenaza de lluvia se concreta en forma de gotas gruesas y pesadas que caen con fuerza y en dos o tres minutos empapan la superficie de la pileta vacía.

La tormenta obliga a Raúl a suspender el fuego y cuando, para salvar la situación, Mónica y mi madre deciden poner las asaderas con la tira, los chorizos, las achuras y el vacío en el horno, el eje de la comida termina de

pasar definitivamente de los hombres a las mujeres. Mientras esperamos que la carne se cocine acompaño a los invitados a visitar la casa. Por extraño que parezca, Mónica no la conoce. La distancia entre ella y mi familia siempre la vivimos como algo natural y lógico. Siempre fui yo el que tuvo que ganarse un lugar en la familia de ella. Tal vez por una cuestión social, Ramos Mejía no es Barrio Norte, y este chalecito de suburbio de clase media baja en el que viví casi toda mi vida no tiene cómo medirse con el penthouse de sillones de cuero, pisos de mármol y pileta de natación en la terraza de la familia de Mónica. Con respecto a mi padre, supongo que su relación con esta casa es todavía más extraña, y no puedo dejar de preguntarme si la edad que aparenta hoy, después del estiramiento, no coincidirá con la que tenía catorce años atrás, cuando se fue del país.

Afuera, la lluvia sigue furiosa, impenetrable. Si la pileta tuviera un tapón, con este caudal de agua no tardaría más de cuatro o cinco horas en llenarse. Mónica y mi padre entran a mi cuarto y se enfrentan directamente con mis cosas. Los veo revisar mi biblioteca con los pocos libros que tengo, no soy de leer mucho, siempre fui de los que creyeron que la literatura había que encontrarla en la vida y no en los libros. Me pregunto si esta escasez no hará que mi padre y Mónica piensen en mí como un escritor pobre, menor, mediocre, como un escritor a medias. Tengo miedo de que vean mi relación con la literatura con desprecio, como si se tratara de algo bastardo, de un episodio intrascendente en mi vida; que puedan ver que para mí la literatura es un accidente que podría no haber tenido lugar.

Comemos. La carne parece hervida, pero nadie se queja. Después del postre todos pasan al living a tomar café y escuchar música, pero yo me quedo en la cocina haciendo un poco de orden. Necesito estar un rato solo. El horno quedó sucio de la grasa de la carne y las achuras y le aplico en todas sus superficies un aerosol limpiahornos que encuentro debajo de la

pileta. La espuma blanca se adhiere a las paredes y al piso y, al inhalar, los gases y las emanaciones del producto me intoxican y me mareo. Camino asqueado hasta el baño agarrándome de las paredes, sin saber si inhalar o exhalar, abro la ducha y me meto debajo del agua fría así como estoy, vestido. Debo haber aspirado mucho y el producto debe ser terriblemente tóxico, porque me despierto al día siguiente en una cama, vestido con otra ropa también mojada, temblando. Miro por la ventana: amanece. O tal vez es el atardecer. Todo está muy verde, no se ve ni una nube, y no muy lejos hay montañas. Un micro turístico pasa por la ruta. Va con las ventanillas abiertas y puedo escuchar lo que dicen los pasajeros. Creo que cantan en otro idioma, un idioma inventado, un idioma que hablan únicamente los turistas.

•



## ORNELLA

Es una noche templada de verano y Luis maneja con todas las ventanillas del coche abiertas; la ciudad está prácticamente desierta. Salió de su casa sin rumbo fijo, como otros salen a caminar. Sin pensar en lo que hace se deja llevar por la dirección de las calles y unos minutos después de medianoche llega a los bosques de Palermo. Casi no queda gente. A lo lejos se ve un ciclista que da vueltas. En un banco hay dos hombres en ropa de gimnasia que seguramente salieron a correr y ahora descansan. Luis estaciona el auto a un costado de la calle interna que da al lago. Para el motor y siente la necesidad él también de descansar, como si manejar fuera un deporte, o un ejercicio de fuerza física. Se queda quieto un instante escuchando su respiración y cuando vuelve a ponerse en movimiento se saca la corbata y la camisa y, después de un rato, el resto de la ropa. Desnudo, intenta meditar pero no puede recordar el mantra secreto que le dieron hace apenas dos días. Decide apagar la radio. No muy lejos hay un taxista estacionado que escucha música; duerme extendido en el asiento de atrás de su taxi, con la puerta abierta y las piernas que sobresalen hacia afuera. Un perro perdido camina solo y jadea, la chapita con su identificación hace un ruido metálico al chocar contra la hebilla de la correa. Es un ruido que se repite. Pasa un avión. Por Libertador se oye la bocina de un coche que imita la sirena de una ambulancia. Hay un hombre de unos cincuenta años que salió a correr en pantalón de vestir, camisa, zapatillas y anteojos. Luis se saca de la cabeza la idea de recordar su

mantra, se pone la camisa y los pantalones, y decide bajar del auto. Camina por el parque descalzo. El pasto está un poco mojado. Sube hasta la vía con la idea lejana de ver pasar un tren pero después de unos quince minutos se aleja sin haber visto ninguno. Camina hasta el velódromo y entra por una abertura que hay en la reja. El estadio de noche es imponente. Se queda unos minutos olvidado y cuando reacciona por un segundo no sabe dónde está. Vuelve al coche, se limpia los pies y se sienta al volante sin encender el motor.

Ahora ya no queda nadie en Palermo, sólo el perro perdido. Luis se baja del auto y se acerca para ver si en la chapita hay algún número de teléfono. El perro gruñe. Luis tiene miedo de que lo muerda, así que vuelve a subir al coche. Sin saber por qué, se le ocurre abrir la puerta de atrás y de un salto el perro se mete adentro. Luis estira el brazo y agarra la chapita. El perro vuelve a gruñir pero apenas Luis le acaricia la cabeza se tranquiliza. Hay un nombre, Ornella, y un número de teléfono. Luis llama desde su celular y despierta a una mujer.

—¿Ornella? —dice impulsivamente.

—¿Qué?... ¿Quién habla?

—¿Usted no se llama Ornella?

—No, yo no soy Ornella. Ornella es mi perra.

Luis le informa a la mujer que encontró a Ornella perdida en los bosques de Palermo. La mujer primero no le cree, le dice que es imposible. A través del teléfono Luis la oye que camina por la casa y llama a su perra. Finalmente admite que Ornella puede haberse escapado y sin mostrar emoción le pregunta a Luis si se la puede llevar a la casa.

La casa de Ornella queda en Flores. Luis toca el timbre y se pregunta cómo habrá hecho la perra para recorrer la distancia que hay hasta el parque. Por lo menos cinco kilómetros, calcula sin ninguna precisión. Abre

la puerta una mujer de unos cincuenta y cinco años, con cara de dormida. No parece querer mucho a su perra, ni siquiera ofrece una recompensa. Cuando Luis se aleja para volver al coche Ornella lo mira con ojos tristes.

• • •

El teléfono suena temprano a la mañana: es la madre de Luis, que le avisa de la muerte de un pariente político (el primo de la mujer de su padre). El entierro es en un cementerio privado que queda sobre la Panamericana. A la vuelta Luis lleva en el coche a su hermana Liliana, y a su sobrino, Maxi. Maxi llevó al entierro una camarita digital con la que les sacó fotos a todos los parientes que no conoce, sobre todo a los políticos. Maxi y Liliana estuvieron de vacaciones hasta la semana pasada y dejaron a Max, el dóberman de Maxi, en un pensionado canino en San Fernando. Liliana le pide a Luis que los lleve a buscarlo. Al verlos, Max salta de alegría. En el coche el perro se enloquece y hace pis en el asiento de atrás. Luis le pide a Liliana que lo baje. Ella le dice que Max reacciona así con las perras en celo. “Ornella”, piensa Luis y se da cuenta de que por primera vez tiene conciencia de la noche anterior. Les cuenta la historia a su hermana y a Maxi. Liliana dice: “Vamos a verla. Vayamos a verla, por favor. Es tan difícil para un perro en la ciudad conseguir pareja”.

Max es un regalo que le hizo Liliana a Maxi cuando ella y Javier, el padre de Maxi, se divorciaron. Maxi insistió en llamarlo Max. Liliana al principio se opuso, con el argumento de que podía provocarle una crisis de identidad, y lo habló con la analista de Maxi, pero la mujer no le dio ninguna importancia. Los padres de Maxi se separaron a raíz de que Javier adquirió la costumbre de pasearse desnudo por la casa en cualquier momento. Todo empezó una tarde en la que Liliana vio por televisión un

programa donde una mujer se quejaba de que su marido hacía justamente eso. Estaba en casa de su madre en donde hay tres televisores —dormitorio, cocina y living— que están encendidos las veinticuatro horas en diferentes canales, y vio el programa de pura casualidad. A la noche le comentó el caso a Javier mientras cenaban.

A partir de ese momento Javier cambió. Apenas volvía del trabajo, se sacaba toda la ropa y se quedaba así hasta la hora de irse a dormir. Inclusive delante de la señora que hacía la limpieza, o cuando venía el portero a arreglar algo, Javier se presentaba desnudo y, sin ningún tipo de pudor, pedía que le prepararan un té, o se ponía a charlar de fútbol. Hasta se sentaba a cenar y ayudaba a Maxi con los deberes totalmente desnudo. Liliana aguantó un par de meses; primero se mudó con su hijo a lo de la madre, pero al poco tiempo le pidió el divorcio a Javier y le compró un perro a Maxi.

Luis se acuerda de la calle de Ornella pero no del número; Maxi sugiere soltar a Max en la vereda y dejarse guiar por su olfato, pero Luis reconoce la casa antes de recurrir a ese método. Luis, Liliana y Maxi bajan y tocan el timbre. La dueña de Ornella abre la puerta; la perra sale corriendo detrás de ella y le salta encima a Luis. Lo lame como si fuera su mejor amigo. Liliana es buena negociadora, estudió primero psiquiatría, después derecho, y ahora trabaja en Cancillería. Enseguida le cae bien a la dueña de Ornella, que se llama Beatriz. No tarda mucho en hacerle entender el motivo de la visita: Ornella está en celo y Max está completamente alzado. Liliana quiere que Max haga su experiencia. Lo señala, está metido en el coche con los vidrios levantados; ladra desesperadamente y da vueltas como loco en el asiento de atrás. Pero la negociación falla por el problema de la cría. Liliana llega a ofrecerle a Beatriz ocuparse del sesenta por ciento (si tiene diez cachorritos,

ella ubicaría seis entre amigos y conocidos), pero la dueña de Ornella ni siquiera así acepta la propuesta.

Ornella se queda triste cuando se van. Primero se hace un ovillo en su canasto, pero enseguida camina hasta la ventana. Para llegar a ver la calle tiene que subirse a una silla tapizada de una tela roja parecida al corderoy y levantar la cabeza todo lo que puede. Ver pasar colectivos es lo que más le gusta y cada vez que aparece uno pega un ladrido desafinado.

• • •

Tres semanas más tarde, Luis vuelve a su casa después de trabajar todo el día y encuentra un mensaje de Javier, el ex marido de Liliana. Luis y Javier se conocen desde los once años, cuando eran compañeros de grupo de terapia. Se hicieron amigos enseguida, fueron inseparables durante toda la adolescencia y más tarde siguieron haciendo deportes juntos: fútbol, squash, paddle y voley. Fue a través de Luis que Javier conoció a Liliana, cuando era solamente la hermana menor de su mejor amigo. Años después, con la separación, Luis decidió tomar distancia de Javier. Es por eso que al encontrar su mensaje en el contestador automático prefiere no responderlo. Aunque no puede evitar hablar con él a la mañana siguiente, cuando sale corriendo de la ducha para atender el teléfono y se lo encuentra del otro lado de la línea. Son las ocho menos cuarto de la mañana y Javier está tan sobreexcitado como si fueran las cuatro de la tarde. Le dice a Luis que quiere proponerle un negocio y lo invita a cenar a la casa para hablar sobre el asunto. Luis le pone mil excusas y trata de retrasar el encuentro todo lo que puede. Pero a lo largo de la semana Javier intenta hablar con él varias veces; Luis filtra los llamados con el contestador y nunca lo atiende. Hasta que, finalmente, una noche al volver a su casa se encuentra a Javier

esperándolo en la puerta. Luis no lo hace subir, ni siquiera se baja del coche, y lo lleva a cenar a Hong Kong Gourmet.

Javier es una de esas personas que insisten hasta conseguir lo que quieren y jamás se ofende; ni siquiera le pregunta a Luis por qué no respondió nunca a sus llamados. Desde el coche llama a Victoria, su nueva novia, y le da cita directamente en el restaurante. Luis está agotado y el programa le parece cada vez más difícil de llevar adelante, pero está atrapado en el auto y sabe que no hay nada que pueda hacer.

Victoria ya los está esperando sentada a una mesa para cuatro. Es una mujer de cuarenta y tres años, enterreriana, ex jugadora de basquet en Hacoaj, la aceptaron a pesar de no ser judía; mide un metro ochenta y seis. Javier tiene treinta y siete, igual que Luis, y mide un metro setenta y ocho. Hay un momento de duda sobre el protocolo de la ubicación de los hombres en la mesa, hasta que finalmente Luis y Javier se sientan del mismo lado, enfrentados a Victoria. A Luis le parece un poco irrespetuoso dejarla sola, pero el metro ochenta y seis de ella termina por convencerlo de que no está totalmente desprotegida. Luis no puede evitar compararla con su hermana, las dos tienen el mismo tipo de energía, el mismo tono de voz un poco nasal.

La mesa que eligió Victoria está bien ubicada pero no es muy firme: una de las patas es más corta y cuando se hace un mínimo de presión en un extremo queda un poco chueca. Con respecto al negocio que Javier tiene para proponerle a Luis, se trata de un local en pleno Palermo Viejo en donde hasta hace muy poco funcionaba un taller mecánico. Victoria acaba de heredarlo de un tío abuelo. Sólo eso. Javier no tiene ni la menor idea de qué hacer con el lugar, pero sabe que quiere incorporar a Luis al proyecto que sea. Luis es arquitecto; él y Javier ya fueron socios, hace mucho tiempo, en un emprendimiento fallido, un paddle que abrieron justo cuando

la moda de los paddles estaba a punto de pasar de moda. Siete meses después de abrirlo, cuando ya habían perdido casi todo, consiguieron venderle el fondo de comercio a un grupo chileno que después de un año de explotar la cancha también fracasó y terminó construyendo en el terreno un galpón para depósito de mercadería (telas finas, ropa de vestir, trajes importados). Cuando Javier termina su breve exposición, Victoria, que no abrió la boca desde que se sentaron, sugiere tímidamente la posibilidad de usar el taller mecánico para instalar un jardín de infantes o un geriátrico, le dijeron que eran negocios excelentes, pero Javier la hace callar enseguida con un gesto enérgico y discreto. Victoria agarra una servilleta de papel, la dobla en cuatro, se agacha y la pone debajo de la pata de la mesa más corta para nivelarla con las demás y evitar que siga haciendo juego.

En el momento en que los tres están por empezar el segundo plato (el primero fue una sopa espesa), Luis se da cuenta de que, sentada a cinco o seis mesas de distancia, está Beatriz, la dueña de Ornella. Se miran y creen reconocerse, aunque en ese momento ninguno de los dos sabe quién es el otro. Beatriz cena con un hombre y otra mujer que están vestidos como extranjeros.

—A esa mujer la conozco —dice Luis.

—¿Cuál? —pregunta Javier.

—La que está con esos extranjeros, pero no puedo acordarme de dónde.

Después de pedir el postre Luis se levanta de la mesa para ir al baño y pasa por al lado de Beatriz. Le sonrío levemente, pero la mujer no le devuelve la sonrisa. Cuando vuelve del baño el postre ya está servido. Al verlo Luis tiene un momento de lucidez, casi una iluminación, y la palabra “Ornella” se enciende en su cabeza. Vuelve a mirar a la mujer, que al principio no lo registra porque está muy concentrada en la conversación con sus amigos. Sólo cuando se da vuelta Beatriz nota que Luis tiene los ojos

clavados en ella. Él le hace un saludo mínimo con la mano y Beatriz le sonríe imperceptiblemente al mismo tiempo que con un gesto le pide la cuenta al mozo.

Unos minutos después la dueña de Ornella se dirige a la salida del restaurante, y al pasar junto a la mesa de Luis se detiene a charlar con él, porque lo reconoció, o porque quiere saber quién es. Luis le pregunta inmediatamente por Ornella y, sin dar tiempo a que Beatriz responda, le cuenta la siguiente historia: tres días después de encontrar a la perra perdida en los bosques de Palermo viajó en el ascensor de su casa con un adolescente de unos dieciséis años y su ovejero alemán. El ovejero lo olió y le saltó encima. El chico y el perro bajaron en el mismo piso que Luis. El ovejero lo siguió hasta la puerta de su departamento y se instaló ahí. Su dueño lo llamaba, pero el perro parecía clavado en el umbral de lo de Luis. Cuando Luis entró al departamento, el ovejero se quedó tirado al lado de la puerta, llorando. Desde ese día Luis escucha aullidos. Vienen de una de las ventanas de su edificio que da al pozo de aire y luz. Está seguro de que los aullidos son para él, un perro que lo llama con voz de lobo, como si Luis fuera una perra en celo. Lo extraño del caso es que nunca más se volvió a cruzar ni con el chico ni con el ovejero alemán. Fue varias veces al departamento de donde dedujo que venían los aullidos y tocó timbre pero nunca nadie le abrió la puerta. Cuando le preguntó al portero, el hombre le aseguró con autoridad que en el edificio no vivía ningún perro porque no estaban permitidos los animales. Beatriz, que lo escuchó atentamente, no reacciona cuando Luis termina su historia. Lo mira un segundo en silencio y enseguida le dice que en una semana se va a vivir a España. Su hija, que es bioquímica, se le adelantó seis meses y ya se casó con un español; los dos están viviendo en Bilbao. “Todavía no sé qué voy a hacer con Ornella. Dudo mucho que pueda acostumbrarse a Bilbao”, dice Beatriz, y Luis nota

que le aparece un brillo en los ojos. “¿Se imagina adaptar a Ornella a las normas comunitarias?”, termina, y larga una carcajada. Beatriz les reparte un panfleto a cada uno de una feria americana que hace en su casa la semana siguiente. “Vendo todo”, dice. “Tres televisores, heladera, equipo de música, colección de cómpacts, discos de pasta y vinilo, ropa... ¿Por qué no se dan una vuelta el próximo viernes?”

• • •

Después del restaurante Javier insiste en ir directamente al taller mecánico para que Luis conozca el lugar. En el viaje, Victoria dice que ella también cree haber reconocido a Beatriz. Está casi segura de que es Mariana Graciani, una celadora del liceo en el que hizo la secundaria.

—Pero por favor, Vicky, cómo va a ser Mariana Graciani si se llama Beatriz —le dice Javier.

—Tiene exactamente la misma cara que Mariana Graciani treinta años atrás.

—Es imposible que alguien tenga la misma cara durante treinta años.

Victoria no dice nada.

—¿Qué edad tenía tu celadora? —pregunta Javier.

—Entre treinta y treinta y cinco.

—Entonces puede que esta sea la hija.

—Esa mujer no tiene cara de hija —responde Victoria, enojada.

Javier la mira intrigado, pidiéndole una explicación, pero como única respuesta Victoria da vuelta la cara fijando la vista en lo que pasa en la calle más allá de la ventanilla, aprieta los dientes y se agarra con todas sus fuerzas a la manija de la puerta del coche, los ojos rojos de ira.

• • •

Los tres paran en un veinticuatro horas donde compran dos botellas de ron portorriqueño en oferta y cuatro de Coca-Cola. Después siguen viaje al taller mecánico. Cuando llegan a Victoria ya parece habersele pasado el enojo, fue como una estela que duró apenas segundos.

El local queda en una calle de Palermo Viejo por la que caminan chicos y chicas vestidos como si estuvieran a la última moda. Javier abre el candado y levanta la persiana. Es un galpón enorme con entrada y salida por dos calles diferentes, completamente vacío, de más de mil quinientos metros cuadrados. Después de recorrerlo se instalan a beber y conversar en la oficina que hay al frente, con muebles de época en perfecto estado, años cuarenta o cincuenta, calcula Luis. Enseguida Javier se saca toda la ropa y se queda desnudo mientras Victoria prepara unos cuba libres. Antes de que pasen veinte minutos los tres están completamente borrachos. Un poco más suelta por el alcohol Victoria se decide finalmente a quitarse la blusa y se queda en corpiño y, unos minutos después, Luis se anima apenas a sacarse el pullover. “¿Qué hacer con el galpón?”, es la pregunta que no dejan de hacerse entre trago y trago. La idea original de Victoria de armar ahí un geriátrico o un jardín de infantes a Luis y a Javier les parece un disparate: el lugar es ideal para un proyecto con un perfil mucho más alto, Palermo es el barrio del momento. Pero Victoria dice que ella no es tonta, y no quiere seguir el tren de la moda, el tren de la moda está siempre condenado a chocar contra una pared, descarrilar y perder todos los vagones. Luis y Javier se dan cuenta de que tiene razón, pero ninguno tiene una propuesta inteligente. El espacio es tan ideal, está tan idealmente ubicado, que a los tres los paraliza el miedo. Tienen la impresión de encontrarse frente a un momento único, definitorio, de esos que se dan una sola vez en la vida, y

los bloquea y aterroriza la posibilidad de no estar a la altura de las circunstancias y arruinarlo todo. Todas las ideas aparecen viejas, repetidas, gastadas: propuestas ya probadas, con o sin éxito, a las que la disposición y ubicación del galpón opacan apenas son formuladas: desde el megalocal de ropa de diseño, pasando por el restaurante étnico, el teatro alternativo, la discoteca under o el bar temático. ¿Otro local de ropa? ¿Otro restaurante? ¿Otra discoteca? ¿Otro teatro? ¿Otro bar? No. Nada que ya exista los satisface; si algo les impone la excepcionalidad del galpón de Palermo Viejo es la necesidad de encontrar una fórmula absolutamente nueva. Pero el nivel de exigencia es tal que, al final de la noche, varias horas después del momento más alto de la borrachera, cada uno se vuelve a su casa sin haber avanzado ni siquiera un solo paso en la planificación del proyecto.

• • •

El sábado a la tarde de esa misma semana Luis le presta la casa a Liliana para que se le festeje el cumpleaños a Maxi. Tiene previsto volver a pintar el departamento a fin de mes, otra vez todo de blanco, y no le importa que los chicos ensucien las paredes.

La psicóloga de Maxi sugirió que “sería apropiado que el padre de Maxi participe del cumpleaños de su hijo” y Liliana decidió tener en cuenta la sugerencia y permitir la presencia de Javier, a pesar del miedo de que su ex marido decida desnudarse en medio de la fiesta de cumpleaños, frente a los compañeros del jardín de infantes de Maxi y de sus padres. Javier le avisó que iba a ir con Victoria, y eso a Liliana la deja un poco más tranquila, supone que la novia de su ex marido, a quien todavía no conoce, va a poder controlarlo. Es la primera vez que Javier y Liliana van a encontrarse desde

que firmaron el divorcio, únicamente se comunicaron por teléfono, y las conversaciones siempre terminaron o empezaron con gritos o insultos.

Javier y Victoria llegan temprano, alrededor de las cuatro de la tarde; Liliana tiene que pararse en puntas de pie para saludar con un beso a la nueva novia de su ex marido, que le lleva una cabeza y media y solamente le ofrece la mejilla. Victoria ni siquiera se agacha cuando Maxi va a saludarla con un beso, y Javier tiene que levantar a su hijo en brazos para que alcance la mejilla de su novia.

Los invitados llegan alrededor de las cinco. Liliana contrató un mago y una animadora que usan el cuarto de servicio como camarín. Maxi no quiso separarse de Max en el día de su cumpleaños; insistió tanto que Liliana le permitió llevarlo a lo de Luis, aunque con la condición de que quede encerrado todo el tiempo en el balcón. Pero en un momento en que por descuido queda abierta la puerta de la cocina, en mitad del acto del mago y la animadora, el perro se cuela en el departamento, entra al cuarto de servicio, se sube a la cama, tira al suelo el canasto de la ropa sucia con las patas, y con sus dientes agarra el par de pantalones que usó Luis el día que encontró a Ornella en los bosques de Palermo. Max muerde con furia los pantalones impregnados todavía con el olor de la perra, y los arrastra por el living y por toda la fiesta mientras los chicos le abren paso asombrados; la animadora intenta detener al dóberman pisando una de las piernas del pantalón, y cuando Max tironea furioso con los dientes para liberar su trofeo, la animadora resbala y cae al suelo con violencia, todo el peso de su cuerpo se desploma sobre su muñeca, y pega un grito de dolor. Los chicos también gritan y aplauden descontrolados. El dóberman ahora está en el balcón defendiendo los pantalones contra cualquiera que se le acerque, gruñe y muestra los dientes; Liliana vuelve a cerrar la puerta de la cocina y consigue dejarlo nuevamente aislado. La animadora, dolorida, la muñeca

torcida, abandona el escenario imaginario y se refugia en la cocina del departamento, donde Luis saca cubitos de hielo de la heladera, los envuelve en un repasador que aplica en la muñeca lastimada, y le pregunta si tiene obra social o medicina prepaga. La chica no tiene nada. Luis decide acompañarla al hospital; mientras tanto la fiesta sigue sólo con el mago, que intenta controlar la situación. Maxi, aprovechando el caos, se saca toda la ropa y queda desnudo en medio del living. Las madres agarran a sus hijas y se las llevan a otra habitación, muchos deciden dar por terminada la fiesta, buscan sus abrigos y bajan por las escaleras, para ganar tiempo y salir más rápido de ese departamento.

A Luis no le importa en lo más mínimo el caos en su casa. Mientras lleva a la animadora al hospital se acuerda del cumpleaños de su mejor amigo de la primaria que terminó en un desastre de tortazos de crema. Prefiere que las paredes queden completamente arruinadas y no manchadas tímidamente, y así definitivamente no tener excusas y otra vez volver a pintar todo de blanco.

• • •

El viernes siguiente, en la feria americana de Beatriz, Victoria elige un libro de poesía rusa (en ruso), un alhajero que, según Beatriz, es del siglo XIX, y las cortinas del living; Javier compra un radio despertador y una mesita para el teléfono, y Luis, sin saber cómo, vuelve a su casa con una licuadora antigua de vaso de vidrio y con Ornella. Para Luis hay un agujero en el tiempo y en el lugar de su memoria que debería ocupar la imagen del momento en que aceptó quedarse con la perra y compró la licuadora. “Es como si a una torta le faltara una tajada que nadie cortó”, piensa. Según

Beatriz, apenas Ornella lo vio se le acercó, le lamió la mano y en ese acto lo reconoció como nuevo dueño.

• • •

Luis no sabe muy bien cómo ocuparse de un perro, nunca en su vida tuvo mascota. Con las primeras sombras de la noche, las luces del departamento recién pintado todavía apagadas, Luis ve a Ornella circular perdida por su casa. Ve cómo se sube inquieta a cada uno de los sillones, se rasca el lomo contra la pared de la cocina, desubicada trata de abrir puertas cerradas, huele cada rincón del departamento. La nueva capa de pintura blanca despersonalizó completamente el lugar, todo parece a estrenar, sin dueño. No hay objetos a la vista, están guardados en placares o en cajas, y los muebles todavía están cubiertos por plásticos. Luis mira alrededor y no puede creer que sea la misma casa en la que apenas una semana atrás se le festejó el cumpleaños a Maxi, treinta y cinco chicos vestidos de todos colores, un mago, una animadora, sándwiches de miga, tortas de frutilla, crema, chocolate, maní, papas fritas saborizadas —jamón serrano, cebolla y crema agria, panceta, lasaña con salsa de tomate—, bebidas colas y frutales, cotillón, bonetes, serpentinas... Mira a Ornella arañar la alfombra del living intentando prepararse un lugar donde dormir, parece que no va a detenerse nunca, y por un segundo tiene la impresión de que Ornella no es un perro sino un ser extraño, sin forma, ni animal ni humano: un ente salido de una película de terror o de ciencia ficción.

No quiere pasar ni un minuto más en ese departamento, aséptico como un laboratorio de experimentos genéticos. Va al escritorio, enciende la computadora y abre la agenda. Revisa letra por letra, los nombres de sus amigos y conocidos, uno por uno, pero no hay nadie a quien quiera llamar a

último momento para hacer planes para la noche. No quiere parecer un desesperado. Tampoco quiere reunirse con Javier y Victoria: pusieron el proyecto del galpón entre paréntesis y prefiere no tener ningún tipo de contacto con ellos mientras no aparezca alguna idea nueva. Hasta que de pronto se acuerda del papelito en el que anotó el número de teléfono de Sandra, la animadora del cumpleaños de Maxi, cuando se despidió de ella en el hospital. No sabe dónde lo guardó, pero lo encuentra apenas mete la mano en el bolsillo de la campera que usó ese día y, como si fuera una rifa, lo saca triunfalmente y decide en ese mismo momento llamarla para invitarla a cenar.

• • •

Mientras toma una sopa espesa Luis piensa en las dos nuevas responsabilidades de su vida: Sandra y Ornella. A una la invitó a cenar; la otra lo espera en el coche. No se animó a dejar a la perra en la casa, ya bastante lo inquietó su presencia fantasmal como para que se quede sola y no saber en qué parte del departamento la va a encontrar esperándolo agazapada a su regreso. Cuando traen los platos principales y ve a Sandra agarrar los dos palitos con la mano derecha y empujar con destreza un poco de arroz a su boca, se da cuenta de lo acertado que estuvo al elegir un restaurante chino en lugar de uno occidental, y se felicita por la existencia del inconsciente. Sandra, que tiene una especie de yeso plástico que empieza en la muñeca izquierda y sube hasta el codo, hubiera necesitado las dos manos para comer con cuchillo y tenedor. No se trata de una fractura, sino de un esguince, aunque bastante serio. En la clínica le dijeron que no iba a poder animar durante por lo menos dos meses, y Luis acaba de tomar la decisión de hacerse cargo de ella de alguna manera, invitándola a cenar

de vez en cuando, intentando conseguirle algún trabajo temporario hasta su recuperación total: el accidente fue en su casa, en el cumpleaños de su sobrino. Al menos un setenta por ciento de la culpa es suya.

Sandra vino a la cita con el pelo ondulado y mucha pintura en los ojos, maquillada como en los años ochenta. Es bastante alta, aunque no llega al metro ochenta y seis de Victoria, y se puso una camperita corta de charol, una casi minifalda escocesa y medias de red. Sandra le comenta que aparte de las animaciones se dedica a la repostería integral: hace panes, masas, tortas, inclusive algunas comidas saladas: pasteles, milanesas de soja, bifecitos de seitán. Ella es totalmente carnívora (el chop suey mixto que pidió trae carne, pollo y cerdo), pero el negocio de lo orgánico-vegetariano le deja un margen grande de ganancias. Ahora, con su esguince de muñeca, está inválida para sus dos trabajos, no puede hacer títeres con una sola mano, ni tampoco amasar (odia las procesadoras de comida, sobre todo cuando toman contacto con lo orgánico o lo integral). Esperanzada, Sandra le comenta a Luis que planea comprarse un auto, una familiar, para poder cargar con las compras de alimentos y los elementos de cotillón, música, trucos y disfraces de las animaciones. Cree que en unos seis meses va a poder dejar las fiestas infantiles y vivir únicamente de la repostería: detesta a los chicos, confiesa. Se metió en eso por el mago, con quien tuvo una relación fugaz, un noviazgo apasionado de tres semanas. Se fueron a vivir juntos y empezaron a animar fiestas, pero enseguida se divorciaron, aunque únicamente en lo sentimental. Todavía viven en la misma casa, en Barracas; el lugar es grande, era de la abuela del mago, y hay varias habitaciones. Ella tiene dos cuartos y un baño; la cocina la comparten.

• • •

De vuelta del restaurante chino, Ornella sigue sin encontrar su lugar en la casa. Cuando Luis sale del baño la vuelve a ver arañando la alfombra en el mismo lugar de antes. Ya logró deshilar una superficie importante y no falta mucho para que deje un agujero. Luis decide pasarla del living al pasillo, con libre acceso a la cocina únicamente. Pero Ornella se queda al lado de la puerta cerrada del baño y ladra sin parar, hasta que Luis cede y se la abre. Corre hacia la bañera, salta adentro, y se hace un ovillo contra la loza blanca y fría. Luis deja por un segundo de lado la imagen de la perra como un ente extraño; él mismo se siente un extraterrestre en esa casa que ahora no reconoce como suya, y por primera vez le nace un sentimiento solidario hacia el animal: el olor impersonal a no usado que dejó la pintura es un olor que Ornella debe percibir mil veces más que él. Luis se mete en la cama, consciente del paralelismo, y apenas cierra los ojos vuelve a oír los aullidos del ovejero alemán, el primer fantasma, que por fin encontraron su verdadero destinatario: casi antes de que terminen escucha, desde el baño, la respuesta de Ornella a ese llamado.

• • •

Luis nunca consigue caer del todo en el abismo del sueño. Durante el transcurso de la noche entran y salen de su cabeza imágenes y pensamientos que la atraviesan a toda velocidad como si fuera un túnel. El exceso de tráfico lo mantiene en ese estado intermedio de sueño alerta, conciencia e inconsciencia en combate, porque su mente no se resigna a dejar escapar las imágenes y pensamientos evasivos y se esfuerza sin éxito en descifrarlos.

• • •

A la mañana siguiente abre los ojos con una certeza: el túnel en que se convirtió su cabeza durante la noche no puede representar otra cosa que el galpón de Victoria en Palermo Viejo, con entrada y salida por dos calles diferentes. “Todo el mundo quiere diversión. Lo difícil es conseguir un lugar donde festejar y celebrar libremente sin compromisos ni responsabilidades”, reflexiona casi en voz alta mientras abre la canilla de agua fría de la ducha. Ornella pega un aullido asustada y salta como un resorte afuera de la bañera. Luis, que durante la noche se había olvidado completamente de su existencia, se queda helado ante la aparición imprevista de la perra.

• • •

A mitad de semana, durante una cena en Hong Kong Gourmet, Luis les cuenta a Javier y a Victoria la idea que se le ocurrió casi en sueños: convertir el galpón en un multiespacio veinticuatro horas para todo tipo de shows y eventos, desde temprano en la mañana hasta tarde en la madrugada, y para todas las edades: desayuno-guardería, almuerzo-jazz, animación infantil, cena-tango o magia adulta, medianoche erótica y acto sexual en vivo. “Todo el mundo quiere divertirse. Lo difícil es encontrar un lugar donde festejar y celebrar las veinticuatro horas del día, sin que se trate de una casa particular, una discoteca o un salón de fiestas de alquiler”, les explica, y en menos de diez minutos los tiene totalmente convencidos.

• • •

El jueves a la tarde, con la caída del sol, Javier, Luis y Victoria empiezan un retiro de setenta y dos horas en la quinta que tienen los hermanos de

Victoria en Ingeniero Maschwitz. La idea de Javier es que los tres involucrados en el proyecto del galpón pasen un fin de semana de relax: asado, alcohol, pileta, juegos, siesta y paddle. El objetivo es cargar las baterías para arrancar el trabajo con todo. Lo único absolutamente prohibido es hablar o pensar en el proyecto. Olvidar, vaciarse, quedar en blanco, trabajar a partir de la negatividad, dice Javier, para después empezar desde un cero que va a permitir únicamente sumar, nunca restar. Una especie de meditación trascendental extendida, piensa Luis, que en lugar de durar veinte minutos dura tres días.

Los hermanos de Victoria son seis, todos varones. Ted, el menor, hace cinco años que vive en la quinta en forma permanente, desde el momento en que no pudo seguir pagando un crédito del banco y le remataron su departamento de Villa Urquiza. Se llama Ted porque nació en los Estados Unidos. Sin embargo, no habla ni una palabra de inglés: llegó a la Argentina a los cuatro meses y desde entonces nunca salió del país. La quinta ocupa toda una manzana y a Ted le gusta simular que vive en el suburbio anónimo de alguna ciudad norteamericana. Para eso tiene todo lo que hay que tener: control remoto en el portón del garaje, heladera con trituradora de hielo, microondas, sinkerator y, además, televisión satelital en todos los cuartos únicamente sintonizada en canales en inglés sin subtítulos (C-SPAN, CNN, ESPN). Mientras dura el retiro Ted acepta mudarse a lo que era la casa de los caseros para que su presencia no interfiera con el desarrollo de las actividades. Esos días, le dijo su hermana Victoria, tiene que hacerse invisible.

Javier, Luis y Victoria dejan su equipaje en la casa. Luis vino con Ornella, no tiene con quién dejarla y además le parece que para ella también va a ser una buena experiencia: mucho verde, contacto con otros animales, sensación de libertad. Pero en la quinta hay otras cuatro perras, una madre y

sus tres hijas, todas hembras y una en celo, y apenas llegan las tienen que encerrar en jaulas especiales para evitar una catástrofe. Ornella, asustada por los ladridos furiosos, se mete en la casa y se refugia debajo de una de las camas, sobre el piso frío de baldosa.

A lo largo del día los tres fingen cocinar, jugar a las cartas, almorzar juntos, relajarse. Fingen porque en realidad no pueden evitar pensar sin parar en lo que se fijaron como meta no pensar: nombres, permisos municipales, números artísticos, materiales de obra, dinero. Recién a última hora de la tarde, con la cabeza ya a punto de explotarles de tanto brainstorming interno, consiguen olvidar y descargar un poco de energía en un partido de paddle que dura cuarenta y cinco minutos (se turnan, Javier juega desnudo); y cuando agotados y transpirados se tiran a la pileta, el contacto con el agua fría finalmente los despeja y distiende al mismo tiempo. Mientras chapotean, Luis ve cómo Ornella espía desde una ventana de la casa. Sus ojos pensativos se ven tristes, piensa, y se pregunta si lo que a él le parece tristeza también será tristeza para el animal.

• • •

A la noche, apenas oscurece, Victoria y Javier se encierran en el cuarto principal; da la impresión de que no pueden esperar más tiempo para estar solos. Luis se sienta en la cocina; después de un rato se da cuenta de que lleva un tiempo largo mirando la pared, no sabe cuánto, y le parece el momento ideal para volver a intentar recuperar su mantra. Pero por más que hace una búsqueda descendente primero con las cinco vocales y después con todas las consonantes, la palabra no aparece.

Es demasiado temprano para irse a dormir y Luis decide salir a dar una vuelta con Ornella. Consigue ponerle la correa y arrastrarla de abajo de la

cama, pero al llegar al umbral de la puerta que da al porche las perras de la quinta empiezan a ladrar y Ornella se empaca; por más que Luis tire de la correa ni un centímetro de su cuerpo entra en contacto con el exterior. Luis decide dejarla en la casa y salir por su cuenta. Antes de cruzar el portón lo detiene una voz gruesa: es Ted, el hermano norteamericano de Victoria. Ted es por lo menos una cabeza más alto que su hermana. Está vestido con vaqueros negros y buzo con capucha también negro; tiene un rifle. Se presenta, le pide disculpas a Luis por no haberlo hecho antes, Victoria lo tuvo todo el día encerrado. Pero él entiende, sabe que se trata de un retiro de confraternización de un grupo de trabajo, algo que en los Estados Unidos se hace todo el tiempo.

—Si vas a salir llevá este rifle —le dice, y se lo entrega. Luis lo agarra y su brazo cede varios centímetros; pesa más de lo que esperaba.

—Supongo que no tengo que explicarte cómo usarlo.

Luis no contesta, aunque nunca en su vida manejó un arma. Se le fueron las ganas de dar un paseo pero ahora no puede echarse atrás. Alerta, trata de alejarse lo menos posible de la cuadra de la quinta. Da una vuelta manzana siguiendo el perímetro de la propiedad, que es un muro de ladrillos de cemento con alambre de púa que las enredaderas todavía no alcanzaron a cubrir. Tarda menos de diez minutos en volver al portón de entrada. Ted lo espera con un arma nueva, camuflado en la oscuridad.

—Podés quedarte con el rifle —le dice a Luis—. Llevátelo a tu cuarto y tenelo al lado de la cama.

No muy lejos se escucha el escándalo de las perras que ladran y aúllan desde sus jaulas. Otros perros del vecindario responden a la distancia.

—Todo esto es por tu perra, che —dice Ted con una entonación entre campestre y clase alta—. Una de nuestras hembras está en celo y no tolera la presencia de una extraña en su territorio.

—Ornella sería mucho más feliz en un lugar como este —responde Luis, aunque mientras lo dice se da cuenta de que desde que llegaron la perra se metió debajo de la cama y por nada del mundo quiso salir de la casa.

—¿Labradora? —pregunta Ted.

—Mestiza.

—Más perras no quiero. Menos si no son de raza. Las perras son peleadoras.

—Son más apegadas que los machos.

—Cuando se ponen en celo atraen a todo el vecindario. Escuchalas. Y dan demasiado trabajo, tienen cría y te salen casi todas hembras; después es casi imposible colocarlas.

Luis no sabe qué responder. Insiste en devolverle el rifle a Ted, lo consigue, vuelve a la casa y duerme hasta el día siguiente.

• • •

El sábado es un día intrascendente. Más relajados, la sensación de vacaciones empieza a sentirse. La combinación de asado, piletta, paddle, trote, chimenea, cognac y generala parece ser la fórmula perfecta.

El domingo es día de visitas y llegan invitados de la Capital: Sandra, el mago y los otros cinco hermanos de Victoria: Santiago, Leonardo, Guido, Lorenzo y Federico. Javier organizó una búsqueda del tesoro, se encargó de esconder las pistas en un radio de aproximadamente diez kilómetros y también de dividir al grupo en cuatro equipos: en el Azul están Sandra, el mago y Ted; en el Amarillo, Santiago, Guido y Leonardo; Lorenzo, Federico y una vecina de la quinta de al lado forman el equipo Rojo; y Javier, Luis y Victoria, el Verde. A cada grupo le corresponden un mapa y seis sobres con instrucciones.

• • •

Los cuatro equipos salen en caravana por el barrio jardín, escoltados por árboles centenarios, pinos en su mayoría, que tiñen la luz del sol de un verde casi inglés. Las casaquintas están todas cercadas, pero cada tanto la copa de algún roble o una Santa Rita que asoma por encima de los alambres de púa deja intuir la paz indiferente de los parques interiores. A medida que van de una pista a la otra las quintas cercadas dan lugar a cuadras de casas de familia más humildes, que no tardan en convertirse en construcciones de ladrillo sin revocar. Pronto el asfalto es reemplazado por calles de tierra y los ladrillos por chapa y cartón. Al llegar a la estación de tren encuentran una zona comercial en la que ya no hay veredas, sólo banquetas embarradas. Las marquesinas de los negocios hechas a mano con letras gigantes en pintura fluorescente imitan la tipografía de las bailantas. Después de la barrera siguen casas de chapa, pero más que nada terrenos baldíos y enseguida grandes descampados. Así, van juntando pista por pista, hasta llegar a la última de todas, que Javier dejó en una casilla deshabitada en medio de un basural que está al borde de una villa miseria. Con estas últimas instrucciones en la mano, los primeros en encontrar el tesoro son los integrantes del equipo Azul, Sandra, Ted y el mago. Javier, Luis y Victoria consiguen el segundo puesto. Un segundo puesto que a Javier no lo inquieta en lo más mínimo; todo lo contrario, dice, su teoría es que un poco de adversidad va a terminar por unirlos más todavía.

• • •

De vuelta en Buenos Aires el proyecto avanza a toda máquina. El lunes mismo vuelven a ver el lugar. Por iniciativa de Javier esta vez incluyen en la visita a Sandra y el mago, que no sólo formaron parte del equipo ganador en la búsqueda del tesoro sino que también pueden servir de asesores porque sus profesiones están muy relacionadas con lo que planean hacer en el galpón.

Con la arquitectura todo el mundo cree que tiene derecho a opinar, piensa Luis. Ya el mago está diciendo adónde le gustaría el escenario y en qué rincón ubicar la sección infantil. Las paredes están descascaradas y hay manchas de humedad por todas partes pero, según Sandra, poniendo cortinados, telas y telones se puede ahorrar mucho dinero de refacción. Luis la mira como si estuviera loca y se siente obligado a hacer un comentario para establecer de una vez y para siempre su autoridad. Sugiere que lo mejor sería tener varios escenarios móviles, sobre ruedas, de distintas alturas y tamaños. Para delimitar funciones y espacios y maximizar las posibilidades del galpón, la entrada de noche podría ser por una calle y la de día por la otra, y así de paso cuidar la imagen para los padres de familia, a los que seguramente no les gustaría que sus hijos menores de edad entren al lugar por la misma puerta que los adultos que van a ver un show con acto sexual en vivo. Con sus observaciones Luis se gana el respeto de todos y a partir de ese momento no queda ninguna duda de que él es el único autorizado a hablar de desarrollo arquitectónico, iluminación, escenarios, acústica y diseño. Javier, por su parte, se ocupa de los números, diseña el presupuesto, hace un cálculo de inversión y riesgo; y Victoria, junto con el mago y Sandra, toman a su cargo la parte artística y hacen un primer llamado a candidatos a animadores para el viernes de esa misma semana. Luis arma un escenario improvisado en un rincón al fondo del galpón; Sandra le pide que deje la iluminación a giorno, tal vez se pierda parte de la

magia, pero lo crudo de la situación permite detectar el verdadero talento. Entre jueves y viernes ven, entre otros, un acróbata y malabarista, un grupo de varieté de los años ochenta, un payaso y un hada, un show de fetiche y sadomasoquismo y una mala imitadora de Claudia Lapacó que hace una canción en playback y canta en vivo otra en francés.

Por tratarse de un primer llamado quedan bastante conformes con los resultados: al mago le gustó el payaso y a Victoria le pareció excelente la mujer que cantó en francés; Sandra se muestra muy crítica con todos, ningún número la convenció por completo, aunque, dice, podría rescatar algo de cada uno.

• • •

Al final de la última jornada de casting piden algo de comida por teléfono (empanadas) y se tiran en los sillones de la oficina a descansar, planificar el futuro, imaginar posibilidades. Javier propone que por la entrada se cobre un básico que incluya los shows y canilla libre de comidas, bebidas, e Internet (habría varias estaciones disponibles). La comida sería más bien un buffet frío y la bebida agua mineralizada artificialmente y una “cola” de máquina que fabrica un supermercado de tercera línea con el que Javier ya cerró un canje a cambio de la exhibición de dos banners gigantes. Para los extras (postres, golosinas, bebidas alcohólicas, grabaciones de CDs) al entrar te darían una tira de papel cuadriculada con precios impresos en los casilleros, como las que daban antes en algunos bares americanos de la avenida Corrientes o de la peatonal Lavalle. Idea de Victoria, que dice que cree que en Mar del Plata y también en Río de Janeiro todavía quedan lugares que usan ese sistema. En caso de alquiler para celebraciones habría un menú especial: torta cortada en cuadrados, papas fritas y palitos de

paquete para los cumpleaños de la tarde (adultos e infantiles), y para mediodía y noche tres menús étnicos a elección, representando a las distintas comunidades: mediterráneo, asiático y centroeuropeo.

Con respecto al nombre del lugar, después de considerar varias opciones —*Animate, Animándose, Animarte*, siempre alrededor del verbo “animar”— deciden descartarlas todas y optar finalmente por TodoShow, que, según Javier, además de nombre es marca.

Para los espectáculos de las once de la noche Victoria insiste en poner una vela aromática y una botella de whisky sobre cada mesa, al estilo del viejo café concert. También diseñó unos cubos de gomaespuma multiuso que irían forrados en tela de jean en los espectáculos infantiles —se ensucian poco y a las madres seguramente les va a resultar canchero, piensa Victoria—; en el porno, los cubos irían simplemente revestidos en sintético imitación piel o en telas resistentes de colores fuertes. Estas iniciativas de Victoria originan un gran debate: la decoración ¿a qué departamento le corresponde?, ¿es arte o es arquitectura? Al principio Luis se muestra beligerante pero pronto se da cuenta de que le conviene ceder: por un lado, Victoria es la dueña del lugar, y por otro, sus ideas de ambientación no le parecen nada mal. La pelea por la pelea misma no tiene ningún sentido.

Hace falta conseguir inversores y Javier tiene contactos internacionales a través del padre de un compañero de inglés de Maxi que hace relaciones públicas para embajadas. Un grupo sueco y otro australiano son los que más interesados se muestran, pero por el momento nadie quiere sacar un solo centavo de su bolsillo, la actitud es siempre de “wait and see”. Finalmente Victoria accede al cincuenta por ciento de la inversión juntando dinero entre sus seis hermanos, que la adoran. Luis participa con su trabajo como capital y financia los materiales y la mano de obra estirando los plazos de pago lo

más posible; los artistas de variedades no son un gasto, se arregla que cobren por jornada laboral y se les paga con el bordereau.

Esos días avanzan con la refacción, decoración y utilería, siguen adelante con el proceso de selección de animadores, arman la grilla con los horarios de cada número, fabrican el backlight gigante que dice “TodoShow” para la marquesina, cierran acuerdos con los diferentes proveedores, gestionan licencias y permisos. Luis lleva a Ornella todos los días al galpón para que no se sienta sola en la casa, inclusive un par de noches la deja de guardia como “perra de obra” pero ella no se acostumbra a lo húmedo y solitario del lugar, ladra y aúlla sin parar, y los vecinos se quejan. Así que Luis se la tiene que llevar de vuelta al departamento, donde Ornella inmediatamente se instala otra vez a dormir en la bañera de loza fría, cómoda en su triste resignación.

• • •

Finalmente, un martes a la noche inauguran TodoShow con una gran fiesta. A pesar de la buena prensa y presencia en las páginas de sociales de los principales medios del país, las primeras semanas son más que difíciles. Pasan largos días y largas noches casi sin espectadores, apenas una mesa o dos ocupadas, siempre por parientes o amigos de los animadores de turno. Cada tanto se asoma por la puerta algún curioso que al ver el lugar despoblado no duda en seguir de largo. “Dos o tres mesas en semejante espacio dan más sensación de vacío que el vacío absoluto”, comenta Victoria desalentada en una reunión de equipo.

El único show que parece despertar interés y tiene público propio es el del grupo de varieté de los ochenta los jueves a las diez de la noche. Sus protagonistas son todos ex Parakultural y el espectáculo es exactamente el

mismo que hacían veinte años atrás, un revival de los cincuenta con performances, playbacks y vestidos y peinados de la época, que resulta ser todo un éxito entre un público muy joven, compuesto en su totalidad por adolescentes y preadolescentes. Los integrantes del grupo repiten sin ninguna variación los mismos pasos de baile, las mismas canciones, los mismos chistes veinte años después, pero los espectadores son ciegos al factor tiempo y ni siquiera por un segundo sospechan que se trata de un revival. Para ellos son artistas del momento, haciendo un espectáculo del momento. No ven nada más, ni los ochenta ni los cincuenta, sólo puro presente y contemporaneidad y los atrae de manera muy directa lo estrafalario de lo que pasa arriba del escenario.

Los únicos que parecen ver más allá son Luis, Javier, Sandra, Victoria y el mago. Al incluir el espectáculo en la grilla de TodoShow apostaron al valor nostalgia —la nostalgia de la nostalgia, dijo el mago—, presuponiendo el guiño cómplice, la cosmovisión compartida entre artistas y espectadores. Los cinco vivieron esa época y miran boquiabiertos la ceguera del público juvenil de los jueves a la noche. Se sienten como si a sus vidas les faltara una tajada que alguien cortó. ¿Será esto envejecer?, se pregunta Luis. ¿Sólo nosotros somos conscientes de las distintas capas de tiempo superpuestas en el escenario? En el revival del revival Victoria ve una puesta en abismo: un revival de los ochenta de un revival de los cincuenta hecho en los dos mil, explica. El mago, en cambio, habla de un aleph carnavalesco. Sandra pregunta en voz alta en qué rincón del planeta, debajo de qué piedra, se habrá escondido la ironía. Pero los adolescentes y preadolescentes del público no tienen ni la menor idea ni de aquella época, ni de la anterior.

Pese a que el varieté es su único éxito los cinco no pueden evitar sentir cierta amargura y miran a ese público de manera hipercrítica. De hecho, a

medida que el éxito del espectáculo se afianza y crece, más severa se vuelve la censura; y el problema llega a convertirse en un monotema. “Este tipo de éxito en lugar de darnos seguridad nos trae incertidumbre”, les dice el terapeuta de grupo que los atiende por iniciativa de Javier para que hagan su catarsis. “Hablamos de la relación entre éxito y ego. No nos satisface tener éxito por los motivos equivocados porque esta situación nos está señalando que no tenemos la fórmula ni la inteligencia que creemos tener. Si lo que planeé de una manera me salió al revés, mi conclusión es que seguramente todo lo que planeo me va a salir al revés. Entonces niego, rechazo, me enojo.”

• • •

Lentamente el varieté empieza a funcionar como imán para los números que vienen más tarde. Como se dice en la jerga televisiva, el escenario queda “caliente” para el siguiente espectáculo, que es dos horas de música y acrobacia. El show porno de las tres y media de la mañana también se ve beneficiado por el efecto arrastre y así, en muy poco tiempo, los jueves de la noche de Buenos Aires empiezan a conocerse como los jueves de TodoShow.

Después de algunos cambios, el espectáculo infantil de la tarde también empieza a levantar vuelo; los picos de asistencia son siempre los jueves (lleno total). Y de pronto, el éxito los toma por sorpresa y todos los shows estallan de público; de lunes a lunes, a toda hora del día y de la noche, el lugar parece a punto de explotar. Al final, la combinación que armaron resulta irresistible: entrada barata, espectáculos de calidad, servicio de buffet e Internet, con el agregado a último momento de una cartelera barrial en la que los vecinos ponen mensajes con todo tipo de ofrecimientos y

pedidos, desde avisos de clases particulares hasta alquileres y subalquileres pasando por búsqueda de pareja y de compañeros de casa, noticias de mascotas perdidas y venta de automóviles usados. Al principio de la tercera semana instalan un Pago Fácil, una minicasa de cambio, fotocopiadora a monedas, tres cabinas de teléfono y servicio de fax, y Javier cierra trato con una cadena de lavanderías para instalar ocho lavarropas y cuatro secarropas en un rincón al fondo del local. La gente empieza a frecuentar TodoShow no sólo por los servicios y los shows, sino también para encontrarse con otra gente. El lugar se convierte en un verdadero centro comunitario.

Los cinco están eufóricos, la facturación crece día a día y, como si fuera poco, están cumpliendo con un objetivo solidario y hasta político, opina Sandra. Pero en la misma manzana hay una iglesia y un colegio religioso. La excusa para atacar es la mezcla de sexo en vivo y animaciones infantiles, aunque en el fondo el problema es que TodoShow está ocupando en el barrio el lugar que siempre quiso tener la parroquia. El éxtasis dionisiaco y el sentimiento de comunión que se vive en TodoShow día y noche tienen una fuerza mil veces mayor a lo poco que consigue una única y mísera misa semanal de domingo. Además, en la iglesia son sólo católicos, y TodoShow convoca a gente de todos los credos y tendencias sexuales.

Un jueves a la mañana sale una carta de lectores en un diario conservador de la Capital. Un grupo de siete vecinos se organiza y arma manifestaciones en la puerta del lugar; su acción se completa con una especie de “outing” digital de la gente que entra y sale de TodoShow: les sacan fotos y las publican en un sitio de Internet. Son los mismos que usaban esa técnica con las patentes de los coches de los clientes de los travestis de la zona. Esta vez inclusive hacen panfletos con las fotos de los cinco socios y les estampan la palabra “pervertido” en la frente, con tipografía de sello. Imprimen miles de copias mimeografiadas y consiguen que el kiosquero del barrio las incluya

en la edición dominical del diario. Tres mujeres de negro se turnan para rezar el rosario las veinticuatro horas del día frente a las dos puertas del local. El cura de la iglesia empieza una campaña feroz durante la misa y contrata una camioneta que circula por el barrio con un megáfono alertando contra el emprendimiento. Hay una estación de radio barrial que dedica programas enteros a difamarlos. La asociación de colegios religiosos de Buenos Aires declara a los cinco personas no gratas.

Los opositores son gente violenta. Un día, a las cuatro de la madrugada, tres mujeres muelen a golpes a un empleado de limpieza de TodoShow mientras espera el colectivo para volver a su casa en la provincia. Un patrullero lo encuentra en su ronda nocturna; el hombre tiene heridas múltiples y lo trasladan al Hospital Fernández.

El miedo empieza a ganar la batalla. En menos de dos semanas la concurrencia baja un diez por ciento. La familia de Victoria, de origen irlandés y muy católica, empieza a ejercer presión psicológica para que Victoria abandone el proyecto. Esto le trae problemas de relación con Javier, que está furioso: frente a la adversidad exige unidad, y no vacilación.

La recaudación de TodoShow cae junto con la concurrencia; los gastos que primero se recortan son los de mantenimiento. La decoración se va deteriorando, los cortinados huelen a humo de tabaco negro, las manchas en los cubos multiuso diseñados por Victoria quedan sin limpiar. Las familias que frecuentaban el lugar dejan de ir por miedo y por vergüenza y en su reemplazo empiezan a circular otros personajes, lúmpenes en su mayoría. Son casi todos hombres de mocasines y medias blancas. Gente que no se baña y deja estelas de olor a perfume barato, pelos grasientos, camperas hechas de retazos de cuero muy blando, carteritas de plástico, pantalones de gimnasia de tela de avión. Dan vueltas, apenas se detienen a mirar los shows, buscan la sombra de los rincones menos iluminados del local.

• • •

Esta última etapa de decadencia dura aproximadamente seis semanas. Hacia el final, al verse acorralados, intentan pegar un golpe de timón dramático: suprimen los espectáculos infantiles y agregan una función extra del show porno durante el día, a las tres y media de la tarde. Por unos días hay un leve repunte pero enseguida todo vuelve a estancarse en la misma meseta insuficiente. Apenas tres meses después de inaugurado el proyecto los cinco se ven forzados a dar marcha atrás y TodoShow cierra sus puertas para siempre.

Antes de que pasen cuarenta y ocho horas Victoria alquila el local a un grupo empresario chileno. Pagan una fortuna y solamente con los meses de anticipo y depósito logran cubrir todas las deudas. Al poco tiempo se enteran a través de la inmobiliaria de que los chilenos planean dividir el local y abrir finalmente un geriátrico y un jardín de infantes gracias a las posibilidades que ofrecen las entradas independientes por las dos calles diferentes.

• • •

A pesar del cierre definitivo de TodoShow por esos días sale una nota de media página en el *Financial Times* de Londres en la que el corresponsal para América Latina habla del proyecto en términos más que elogiosos. Aparentemente visitó el lugar en su mejor momento como un cliente más, pagó su entrada —baratísima en libras esterlinas—, disfrutó de la mayoría de los shows e hizo uso de todos los servicios. En el informe define a TodoShow como la síntesis perfecta entre socialismo y capitalismo, negocio

y utilidad comunitaria. Inclusive llega a hablar del nacimiento de un nuevo paradigma, ética y rentabilidad fundidos sin distinción en el mismo concepto, y sugiere que los hombres de negocios del mundo tienen mucho que aprender de esta experiencia argentina.

Avisados, los suecos y los australianos vuelven a ponerse en contacto con Javier. Durante la corta vida de TodoShow mandaron observadores independientes y los informes recibidos fueron todos superlativos. El cierre del lugar en un principio los desalentó, pero la nota del *Financial Times* terminó de convencerlos de que el emprendimiento es ciento por ciento exportable, la experiencia es transferible a otros lugares del planeta, otros idiomas, otras culturas. Suecia y Australia son países donde las fuerzas regresivas no son tan poderosas como en la Argentina.

Luis y Javier mantienen conversaciones con los dos grupos empresarios. Con los suecos, las reuniones en la embajada de Suecia son muy distendidas. Les gusta lo desestructurado del proyecto, su creatividad, la idea del todo en uno veinticuatro horas les parece extraordinaria. No creen que sea un problema el hecho de que no haya funcionado en Buenos Aires, en algún lado siempre hay que probar y detectar errores. El mismo test en Estocolmo habría costado una fortuna en coronas. Este país siempre fue conejillo de Indias, muchas marcas internacionales tuvieron sus primeros locales acá, dice Javier, y pone como ejemplo a Marithé & François Girbaud que abrió en los ochenta en Scalabrini Ortiz y Cabello, mucho antes que en Barcelona, París o Nueva York.

Con los australianos las conversaciones esta vez son telefónicas. Quieren esperar una señal más concreta por parte de Javier y Luis antes de volver a viajar a Buenos Aires. Ellos también tienen muy buenos informes y uno de los vicepresidentes de la empresa es el cuñado del corresponsal del *Financial Times* que escribió el artículo.

Los tiempos de los suecos son más rápidos, el contacto directo ayuda, y no tardan en hacer una oferta por la marca. Javier tantea a los australianos por teléfono, y consigue que la mejoren. Los suecos entonces ofrecen un cinco por ciento más; los australianos piden tiempo, negociar de esa manera no les parece correcto. Quieren volver a viajar a Buenos Aires, o que Javier y Luis vayan a Sydney. Javier y Luis optan entonces por la última oferta sueca. Antes de aceptar hacen su investigación en Internet. El grupo, efectivamente, es importante. Gestiona contrataciones sobre todo de conjuntos de rock y obras musicales de Broadway. Mueven millones de dólares. La página principal de su sitio web explica que Suecia es una potencia en el mundo de la música y fueron los primeros en darse cuenta de la importancia de cantar en inglés. Es cierto, le dice Javier a Luis, los suecos son maestros en el arte de camuflarse. Muchos de los actos pop que creemos ingleses en realidad son suecos: The Cardigans, Abba, Ace of Base, Roxette, Neneh Cherry. Son todos suecos.

Los suecos les dicen que el acuerdo es un hecho, la carta de intención redactada por los abogados de la compañía ya está en el correo. Pero pasan los días y el courier no llega. Los celulares que les dejaron están todos desconectados y en la embajada no contesta nadie el teléfono, sólo una grabación con los horarios de atención y un contestador en el que hay que dejar mensaje. Javier manda emails que no son respondidos, y cuando llama por teléfono al número de la oficina en Estocolmo que figura en la tarjeta de la compañía atiende una secretaria que, antes de que pueda pedir con nadie, lo deja escuchando una melodía de Abba en versión funcional durante veinte minutos hasta que se corta la comunicación. De la embajada finalmente contestan un mensaje que dejó, pero no le pueden dar mayores datos sobre ese grupo; simplemente les prestaron la oficina para las reuniones. La decepción no les pega de golpe, sobre todo porque no es la

primera que sufren, tarda en bajar como si tuviera el peso del aceite, pero cuando llega cae con la velocidad y la irreversibilidad del plomo en el agua. Javier se paraliza y no puede actuar. Se deprime profundamente; es un fanático de la filosofía de vida de los países nórdicos y hubiera sido el final feliz ideal para un traspie como el que sufrieron. Encerrado en su casa no contesta los llamados ni abre la puerta. Victoria no puede hacer nada, ni siquiera con ella quiere hablar. Luis decide seguir adelante por su cuenta y vuelve a llamar a los australianos. El presidente y uno de los vicepresidentes del grupo viajan a Buenos Aires. Luis consigue arrastrar a Javier, engañado, a la reunión que arman en un restaurante de Puerto Madero. “Esto es igual a Darling Harbour”, comentan entre ellos los australianos. La segunda reunión es en el Hyatt, donde se hospedan los visitantes. Luis y Javier les muestran fotos y videos de lo que fue TodoShow y después los llevan al local en donde funcionó (está muy cambiado, los chilenos hicieron subdivisiones de durlock, armaron una enfermería, salas de reuniones, comedores, aulas para los niños de un lado y habitaciones para los ancianos del otro). Logran ponerse de acuerdo en los puntos principales aunque todavía no vuelven a hablar de dinero. Los australianos parecen satisfechos y de a poco Javier va venciendo la depresión.

El día del vuelo de vuelta a Sydney Luis y Javier deciden llevarlos a Ezeiza pero no les parece apropiado involucrar el coche de Luis en una negociación tan importante; tiene varios años, no está en perfecto estado y para colmo la última cuota del seguro está impaga. El mago tiene un viejo Peugeot 404 que no se sacó de encima porque cree que si espera un par de años va a poder venderlo como vintage y ganar mucho más. Piensan que tal vez lo puedan usar, quedarían como excéntricos cool, aunque existe el riesgo de que los australianos no lo entiendan así y hay demasiadas cosas en

juego, así que también lo descartan. Consideran alquilar un coche de lujo, hay una agencia que ofrece Mercedes y Audis, pero Victoria dice que se van a dar cuenta, los autos alquilados no tienen vida, siempre falta algún efecto personal dejado por descuido, algo que delate el carácter del dueño. Sandra se ofrece para hacer una pequeña ambientación, lo tienen en cuenta, pero finalmente Victoria consigue que su hermano Ted le preste la cuatro por cuatro y a todos les parece la solución más cosmopolita. Viajan cómodos por la Riccheri, despiden a los australianos en Ezeiza, que toman un vuelo de Qantas, y quedan en seguir en contacto.

A los diez días el segundo de la compañía vuelve a Buenos Aires y hace una nueva oferta por la marca un diez por ciento más baja que la primera de todas, la que hicieron los suecos cuando empezaron la negociación. Los australianos obviamente se sienten fuertes y sin competencia y Luis y Javier no tienen otra alternativa que aceptar.

• • •

A la firma del contrato la compañía les ofrece a Luis y a Javier el puesto de vicepresidentes de TodoShow Australia Inc., en realidad un cargo totalmente honorífico sin ningún tipo de valor o peso en las acciones o decisiones de la compañía, y tres meses más tarde los invitan a presenciar una prueba piloto del proyecto en Brisbane, una ciudad subtropical de un millón y medio de habitantes de la costa este australiana en el estado de Queensland. Mandan dos pasajes en el vuelo transpolar de Aerolíneas Argentinas a Sydney en clase ejecutiva, uno para Luis, el otro para Javier. Victoria pone el grito en el cielo, ella también quiere viajar, pero Luis y Javier fueron siempre la cara visible de la negociación y los australianos no la tuvieron en cuenta; ahora ya no hay nada que hacer.

Las butacas del avión son cómodas, el servicio es bueno, pero a Javier lo indigna la confianza que se toma el personal de a bordo con los pasajeros. No puede soportar que en clase ejecutiva quieran sacarles tema de conversación permanentemente. Además, con apenas ocho pasajeros en la cabina, hay una azafata que durante todo el vuelo insiste en hablarle en inglés, a pesar de que él siempre le contesta en castellano.

En el aeropuerto de Sydney los recibe un chofer con un cartel con los nombres de los dos y los lleva al hotel en la ciudad, el Novotel Century, un cuatro estrellas. El chofer los acompaña a registrarse y les dice que van a pasar tres días ahí antes de viajar a Brisbane para el gran evento.

Esa primera noche cenan con el presidente de la compañía y el segundo y su mujer en uno de los cafés al aire libre de Darling Harbour, cerca del hotel. “Igual a Puerto Madero”, le comenta Javier a Luis en voz baja. Son restaurantes con terrazas que dan al puerto, corre una brisa nocturna agradable, la comida es elaborada, el mozo la llama “nueva cocina australiana”.

Al día siguiente los llevan a conocer los cuarteles generales de la empresa. Las oficinas están ubicadas en los tres últimos pisos de un edificio inteligente de cristal del downtown de Sydney. Una secretaria los saluda con una sonrisa y les dice “Bienvenidos, caballeros” en un castellano aprendido por fonética. El presidente y su segundo los reciben en la sala de reuniones, los dos despeinados, las mangas de la camisa arremangadas, y les muestran la maqueta del edificio de TodoShow que planean construir en las afueras de Brisbane: una estructura de vidrio y metal, con curvas imposibles, piensa Luis. No puede entender cómo esos vidrios se van a sostener, parecen en el aire. “Vamos a usar la tecnología más avanzada del mundo”, dice el segundo, como si le hubiera leído la mente. Frente a la maqueta, explicándoles detalles del negocio, los australianos están tan

entusiasmados como chicos frente a un tren eléctrico de juguete nuevo. La idea es empezar en Brisbane, de ahí que se haya elegido esa ciudad para la prueba piloto que va a durar siete días corridos las veinticuatro horas. Ya levantaron tres carpas de lona ultrarresistente a orillas del río, en el mismo lugar en donde piensan construir más adelante el edificio vanguardista de vidrio y metal. Después de Brisbane la idea es expandirse al resto de Australia (Sydney, Melbourne, Canberra, Perth, Cairns), Nueva Zelanda (Oakland, Wellington), Reino Unido, Canadá, Hong Kong, China, Singapur, Japón y Corea. Los australianos rompen una botellita de champán de 375 mililitros contra la maqueta y los cuatro brindan por el éxito del proyecto.

• • •

Esta reunión es la última obligación que tienen Luis y Javier hasta el sábado siguiente, la fecha del vuelo a Brisbane; les quedan un par de días libres para pasear y hacer turismo: ver la Ópera, el jardín botánico, las bahías, y también probar alguna gastronomía exótica. Buscando noticias de Buenos Aires Luis encuentra en Kings Cross el lugar más barato de Internet de toda la ciudad: ochenta centavos de dólar australianos los veinte minutos de conexión, o un dólar la media hora. Pide una máquina y busca sus mensajes; decepcionado, descubre que lo único que hay en su casilla es la basura acumulada de varios días. Mira los dos diarios que siempre lee por Internet, y justo cuando está por desconectarse le entra un mensaje nuevo, esta vez personal. Es un email larguísimo de Sandra que en el asunto dice “Ornella”.

Cuando surgió el viaje a Australia Luis se encontró con el problema de qué hacer con la perra, y Sandra se ofreció a cuidársela en la casona de Barracas. Sabía que el mago no sentía mucha simpatía por Ornella, pero en

una casa tan grande y subdividida se suponía que no podía haber ningún problema. Después del fracaso de TodoShow Sandra y el mago habían vuelto a unirse en lo emocional (consciente o inconscientemente la gente siempre busca la forma de amortiguar una caída), pero de todos modos la subdivisión de la casa seguía existiendo y cada uno mantenía sus habitaciones en la parte que le correspondía.

En el mensaje Sandra le escribe a Luis que en algunas situaciones Ornella la acompaña a trabajar (ya sin el yeso de plástico volvió a las animaciones infantiles), y en otras se queda a esperarla en la casona de Barracas. Es cierto que TodoShow fracasó, pero el prestigio y la publicidad que le dio el escándalo hicieron que las contrataciones de Sandra aumentaran en forma sideral. A tal punto que se vio obligada a tomar dos asistentes (una de las dos es muy parecida a ella, le escribe, aunque de pelo lacio, y justo también se llama Sandra. Siente que tuvo mucha suerte al encontrarla; la entrenó rápidamente en el oficio, le pidió que se hiciera rulos cada vez que sale a animar, y muchas veces la manda en su lugar sin avisar que no es la original). El mago, sin ningún tipo de tolerancia, exige que la perra se mantenga afuera de los límites de su parte de la casa en todo momento. Ornella sin embargo se las ingenia siempre para pasar al lado prohibido a pesar de los distintos obstáculos que bloquean puertas y pasajes: valijas, sillas, mesas, lo que sea (como en la mayoría de las casas viejas, las llaves de las puertas internas hace tiempo que se perdieron). Indignada, Sandra le cuenta que al segundo día el mago en un ataque de furia le pegó a la perra en el hocico con una toalla mojada; Ornella salió corriendo a la calle a los alaridos. Esto se lo dijo una vecina que vio todo. Según el mago, la perra quiso atacar sus palomas. Sandra no le cree, piensa que es una cuestión de celos: la perra es de Luis, y el mago no puede tolerar que ella se la esté cuidando. Para Sandra el mago ve en Ornella una

representación indirecta de Luis. Cree que cada vez que maltrata a Ornella (lo de la toalla fue sólo la primera vez, hubo otras) es como si lo maltratara a él. El mago lo odia. No solamente por las transgresiones de la perra, sobre todo porque le adjudica a él toda la culpa del fracaso de TodoShow. Cree que boicoteó el proyecto y es el responsable de lo que pasó. Con Javier tiene una actitud más compasiva, lo considera una persona inocente, sin malicia. En Luis, en cambio, ve toda la perversidad de los arquitectos. “Si solamente hubiera escuchado”, dice. “Una mayor subdivisión física entre la parte adulta y la parte infantil nos habría salvado del desastre.” El mago se queja: para él, en lo personal, el fracaso es absoluto, mientras que Luis, el verdadero arquitecto de la catástrofe, ahora es vicepresidente de una multinacional y se da la gran vida bailando con canguros y koalas, nadando en vino australiano, buceando en la barrera de coral. A Ornella simplemente le gusta más la parte de la casa del mago porque da a la calle, y desde la ventana puede ver pasar los colectivos. Pero la toalla mojada en el hocico, los gritos que aterrorizan a la perra, los baldazos de agua helada en pleno invierno son cosas que Sandra no puede tolerar, no solamente por el animal, sino porque le pintan de cuerpo entero el carácter intolerante, celoso y colérico del mago. Y por eso tomó la decisión de volver a separarse, esta vez en todos los rubros: emocional, profesional y habitacional. Además, tiene algo que confesarle, le escribe a Luis. El mago en realidad es un farsante, se recibió de mago por Internet, nunca en su vida tuvo un maestro, y todo el mundo sabe que la tradición de los verdaderos artistas de variedades se continúa indefectiblemente de maestro a discípulo. El oficio lo aprendió en distintos sitios web de magia y los elementos los encargó por correo. Durante su fugaz primer noviazgo Sandra fue testigo de cómo le iban llegando periódicamente de España las cajas con los diferentes trucos: el pañuelo volador, el oráculo, el elástico imaginario, el anillo encantado, el

monedero mágico, la soga para la decapitación con cuerda, el panel secreto, las barajas para la adivinación en el póker, la moneda china, el truco de las cenizas de la servilleta, el cigarrillo cómico, el juego de la rutina del cubilete... Ella nunca habló del tema con nadie, pero los episodios con Ornella le abrieron los ojos sobre la verdadera personalidad del mago y necesita descargarse y contarle a alguien la verdad. Hoy, para ella, verdad y escarmiento son más importantes que silencio y fidelidad. El mago es un personaje que ya entró en su pasado.

Las relaciones humanas son complejas, piensa Luis sin juzgar, aunque no puede evitar considerar calladamente la posibilidad de que Sandra esté completamente loca. Le sorprende que hayan pasado tantas cosas en tan poco tiempo; si hace apenas una noche que está en Australia. Es como si su mundo y el de Sandra no fueran simultáneos. El ritmo, la lógica, la duración parecen diferentes. ¿Tendrá algo que ver la distancia? ¿La diferencia horaria, que es la más amplia que puede haber? ¿Las diecinueve horas de vuelo? ¿Internet? Luis responde el mensaje de Sandra muy brevemente, ya estuvo mucho tiempo frente a la máquina y no quiere pagar tiempo de más de conexión. Le sugiere que se mude a su casa con Ornella mientras él está en Australia, el portero tiene llave. “Ornella seguramente va a estar contenta de volver a dormir en la bañera”, piensa.

• • •

El vuelo a Brisbane es el sábado al mediodía. Luis se despierta demasiado temprano, a las cuatro y media. El estado intermedio entre sueño y vigilia le parece ideal para intentar recuperar su mantra; pero no puede encontrar el equilibrio entre relajación y concentración: cuando quiere aflojarse se tensiona y cuando intenta estar alerta no consigue hacer foco.

Se hace de día y Luis se levanta de un salto. Hace diez flexiones de brazos, veinte abdominales y se mete en la ducha. Cuando sale ve que en el teléfono de la habitación se prende y apaga una luz roja avisándole que hay un mensaje en el voice mail. Lo levanta; una voz en castellano dice que habla Ricardo, el padre de Déborah. Déborah fue una ex novia que tuvo en la Argentina a los diecisiete años. Lo extraño es que apenas escucha la voz Luis sabe exactamente quién habla a pesar de todo el tiempo que pasó. Reconoce el registro antes de poder adjudicarle un nombre, pero no se acuerda de la cara. En el mensaje, el padre de Déborah le dice que él y su esposa se enteraron de que estaba en Australia porque lo leyeron en el diario de los argentinos; publicaron un artículo enorme sobre el proyecto. Le deja su número de teléfono y le pide que los llame; les encantaría volver a verlo después de tanto tiempo.

Pero Luis no llega a responder porque apenas cuelga el teléfono vuelve a sonar y de la recepción le avisan que el coche que los va a llevar al aeropuerto espera en la entrada. Se viste rápidamente, junta y guarda sus cosas en la valija y baja a la calle.

En el auto, cuando le cuenta a Javier de la llamada telefónica y el artículo periodístico Luis se da cuenta de que no anotó el número de Ricardo. Javier quiere conseguir el diario a toda costa y le pide al chofer que pare en algún almacén argentino. El chofer averigua por radio y los lleva a una especie de bodegón en donde venden yerba mate, dulce de batata y matzah. Javier baja y vuelve con el diario y tres empanadas, una para cada uno. En realidad no es un diario, es una especie de fanzine de cuatro hojas impreso en mimeógrafo de distribución gratuita, pero el artículo sobre ellos es importante, aparece en tapa y ocupa un cuarto de página. *Idea de argentinos desembarca en Australia. Brisbane, primera estación.* Inclusive hay fotos de los dos, están muy pixeladas, quién sabe de dónde las sacaron, y

reproducen casi todo el artículo del *Financial Times* aunque sin citar la fuente.

• • •

El vuelo a Brisbane es en Qantas, siempre en clase ejecutiva. “Son los mismos asientos que en economy, no veo la diferencia”, dice Javier después de que las azafatas corren las cortinas que dividen la cabina en dos clases. Los hospedan en el Hilton, que está en una zona central de la ciudad a la que llaman Queen Street Mall. Los dos piden cuartos no fumadores. Toman un ascensor de vidrio con una vista impresionante que sube a toda velocidad. “Esta vez nos pusieron en un cinco estrellas”, le comenta Javier a Luis. El hotel tiene una estructura carcelaria: un gran claustro abierto en altura hasta el piso veintidós, el último, con pasillos en cada piso que balconean en forma de U sobre ese gran vacío dramático y supuestamente espectacular. Abajo están la recepción y el restaurante. Las habitaciones son celdas vigiladas: dan todas a los pasillos. Como en el panóptico de Foucault, se puede ver todo de todos lados.

Otros detalles acentúan el carácter carcelario del lugar: por el sistema de climatización, las ventanas de los cuartos están herméticamente cerradas y es imposible abrirlas; en el desayuno buffet todos comen la misma comida y todos tienen el mismo olor, huelen al mismo champú, el mismo gel de ducha y la misma crema hidratante del hotel; las sábanas en las que durmieron y las toallas con las que se secaron también son las mismas; se lavaron y se secaron todas juntas. Luis le comenta a Javier que el Hilton de Buenos Aires es muy parecido, aunque tiene menos pisos y los materiales parecen de menor calidad porque brillan más. No lo visitó personalmente, pero lo vio en una película o por televisión, no se acuerda.

Después de desayunar Luis y Javier duermen todo el día y vuelven a despertarse alrededor de las cinco de la tarde. Luis se compra un saco de gamuza para usar a la noche en la inauguración. Javier se corta el pelo en una peluquería que queda en la misma manzana del hotel, justo a la vuelta.

A las seis y media los pasa a buscar una limusina que los lleva al predio de TodoShow Brisbane. A contraluz, con la luminosidad del atardecer y reflejadas en el río las tres carpas resultan imponentes. La cola que se formó para entrar es de más de tres cuadras: jóvenes, viejos, niños, amas de casa, hombres de traje, gente de todas las edades, géneros, razas, clases sociales. A las ocho de la noche exactamente rompen otra botella de champán australiano, esta vez de 750 mililitros, y dan por inaugurado oficialmente el experimento piloto de una semana.

Cuando Luis y Javier entran a las carpas comprueban asombrados y satisfechos cómo todo está calcado casi maniáticamente del local de Palermo Viejo. La ubicación de los escenarios, el diseño del buffet de comidas, los cuadrados de gomaespuma revestidos, todo es una réplica casi exacta de lo que hicieron ellos seis meses atrás a más de once mil kilómetros de distancia. Esa noche, por única vez, la canilla libre alcanza también a las bebidas alcohólicas y el ambiente se pone cada vez más animado. A las once toca un grupo de rock local y el público, ya un poco descontrolado, empieza a hacer pogo. En medio del baile, sin darse cuenta, Javier le pega un codazo a Luis y le disloca la mandíbula. En un principio Luis hace como si nada y sigue saltando al ritmo de la música. El entusiasmo del público es contagioso. Un chico está tirado en el piso y baila arrastrándose, fingiendo vómitos y convulsiones; un poco más allá un trío de adolescentes simula una pelea de puños y patadas; y hay cola para subir al escenario y hacer stage diving sobre el público, que cede como si fuera el agua pesada de una pileta. Pero la mandíbula de Luis empieza a hincharse y

el alcohol consumido no alcanza para atenuar el dolor. Un empleado lo lleva a la enfermería donde le recetan un antiinflamatorio. Luis se tira en un sillón y por el resto de la noche de participante pasa a ser espectador.

• • •

Al día siguiente, sábado, en los barrios alternativos de la ciudad el boca a boca circula tan veloz como la pólvora: en Fortitude Valley, Bowen Hills, West End y New Farm no se habla de otra cosa. El precio promocional durante la semana piloto es tan bajo que inclusive gente de Sydney y Melbourne viaja especialmente, backpackers que ven la oportunidad de gastar poco dinero y extender casi sin límites la diversión y la comida. El lugar se llena de todo tipo de personajes: queers, skinheads, hippies, tatuados, granolas, ravers, bodybuilders, ecologistas, gente con piercings, punks, nuevos darks, anarquistas, Chicago boys, fanáticos de Mad Max, militantes antiglobalización, mods, new agers, beatniks, nerds, neonazis, skaters. Prácticamente todas las tribus urbanas están representadas. Traen sus bolsas de dormir y acampan ahí, como si fuera uno de esos festivales de rock en los que se vive durante tres días en medio del barro mientras el público se droga y tocan grupos de música a los que casi no se les presta atención.

La empresa se ve obligada a contratar siete agentes de seguridad privada que van sillón por sillón, bolsa de dormir por bolsa de dormir, despertando con un bastón a los que pretenden usar el lugar como hotel. En situaciones de tanta presión es casi inevitable que las susceptibilidades se exasperen y basta con que un agente empuje con un poco más de fuerza de la necesaria a una chica vestida con camisola y pantalones de bambula para que el público dormido despierte. A partir de ese momento la rebelión es inmediata y ese

socialismo único que se vive ahí adentro, mezcla de trotskismo y carnaval brasileiro, termina abruptamente. La gente reacciona contra los bastones, encierra a los agentes de seguridad en el baño, copa el lugar y lo convierte en foco revolucionario. Muchos escapan pero un subgrupo toma el liderazgo: son alrededor de ochenta personas, sucios barbudos vestidos con los harapos de la revolución, dice Javier. “Parecen los años sesenta”, comenta Luis. “En los sesenta la gente no andaba vestida de mendigo como esos barbudos, vivían desnudos y en comunidad, comían lo que cultivaban, creían en la igualdad entre los hombres y en el amor libre sin tabúes ni barreras”, le responde Javier.

La policía oficial protegida con cascos, escudos y chalecos antibalas rodea el lugar. “Es una guerra”, les informan los directivos de la empresa. “Y TodoShow es el campo de batalla. Lo mejor es evacuar.” Javier y Luis, destrozados, ven cómo se cae a pedazos lo que tan milagrosamente había logrado revivir.

• • •

Sydney ya conocen pero la ciudad es agradable. El clima del invierno es más templado que el de Buenos Aires, las bahías tienen aguas de mar transparente y las calles tranquilas y arboladas están llenas de cafés con mesas en las veredas. Todavía les quedan algunas comidas exóticas por probar, playas que conocer, suburbios por visitar. La compañía los ubicó otra vez en el Novotel Century y les tocan los mismos cuartos. Luis tiene la impresión de volver a un lugar familiar, en la habitación todo parece estar tal cual lo dejó, aunque la cama está hecha y el baño limpio y ordenado. Inclusive en el voice mail todavía quedó grabado el mensaje de Ricardo. Luis lo vuelve a escuchar, anota el número de teléfono y llama. No

encuentra a nadie, pero deja un mensaje en el contestador diciendo que está en el mismo hotel, misma habitación.

A la tarde vuelve a Kings Cross. Un email muy breve de Sandra le informa que ya está instalada en su casa y que le resulta muy cómoda. Le dice que le mandó a hacer una chapita nueva a Ornella con su dirección y número de teléfono y lo reta un poco porque no se la había cambiado antes. Además, llevó la televisión al cuarto y mandó las cortinas a la tintorería, y le sugiere que cambie el color de la pintura, al menos el de una pared, le va a dar un aire más alegre y menos agobiante al departamento.

Cuando vuelve al Novotel Luis encuentra un nuevo mensaje de Ricardo en el voice mail: lo lamenta mucho pero no van a poder verlo, lo está llamando desde la sala de espera de la clínica y están a punto de operarlo de cataratas, pero le armó una cita con Déborah en un café de Darlinghurst que sabe que a ella le gusta mucho. Luis tiene la imagen de Déborah totalmente desdibujada, ni siquiera se acuerda del color de su pelo o de sus ojos y cree que no la va a reconocer. Estuvieron juntos un año y medio y se separaron a finales de los años setenta justamente porque la familia de Déborah decidió emigrar a Australia. Vivían como si formaran parte del elenco de una película para adolescentes de la época, al estilo de *Melody* o *Susan y Jeremy*. Él era de Banfield y ella de Adrogué, y muchas noches se colaban en los cementerios y en los jardines de los colegios ingleses de la zona. El día de la despedida los dos se sentían representando un personaje, repitiendo diálogos ya escuchados y haciendo gestos ya vistos. Seguramente fue por eso que en muy poco tiempo Luis se olvidó de Déborah y en todos estos años nunca más volvió a pensar en ella, así como muchas veces el recuerdo de una película vieja se borra completamente sin que quede ni siquiera la impresión de haberla visto alguna vez.

Un par de horas antes del encuentro Luis vuelve a Kings Cross a cortarse el pelo. Sale de la peluquería y guiado por el mapa que le dieron en el hotel camina unas pocas cuadras hasta el café de Darlinghurst donde lo citó Ricardo. Tiene puesto el saco nuevo de gamuza que compró en Brisbane, y al pasar por una vidriera por un segundo su reflejo le parece el de un desconocido.

Déborah hoy es una mujer de unos treinta y ocho años de pelo corto, pinchudo y teñido de rubio. Está sentada en la terraza del café tomando una bebida de color marrón con una montaña de crema blanca arriba y usa anteojos grandes y redondos de vidrio azul. Cuando ve a Luis con el mapa en la mano le hace un gesto y le sonrío. Luis se acerca, la saluda con un beso y se sienta a su mesa. Si ella no hubiera dado el primer paso jamás la habría reconocido, piensa.

—Estás igual —le dice Déborah, a pesar de la mandíbula hinchada y la cara desfigurada por el golpe del pogo.

—No me acuerdo bien de cómo era en esa época.

—Las mujeres cambiamos mucho más que los hombres. Yo tengo fotos. Fotos de todas las épocas de mi vida; seguro que hay alguna con vos. Las tengo ordenadas cronológicamente en cuatro álbumes.

—Ah.

—Vi la tuya en el diario. A lo mejor estás igual a la foto del diario.

Luis pide un té con miel y nada para comer; le resulta muy difícil masticar con la mandíbula dolorida. Déborah le cuenta que desde hace once años vive con otra mujer, Kim, y tiene dos hijos: el primero, Shawn, de veinte años, nació a los seis meses de instalarse en Australia. Podría haber sido argentino, dice, pero no habla ni una palabra de castellano. La segunda se llama Sydney, tiene ocho años, y la gestó Kim con la ayuda de un banco de espermatozoides. En ese momento las dos mujeres vivían en Melbourne, estado

de Victoria, donde la ley todavía hoy prohíbe que una mujer soltera pueda ser inseminada artificialmente, así que tuvieron que comprar el esperma por correo en un banco de California. Se lo hicieron mandar directamente a una clínica de Sydney en donde Kim se hizo el tratamiento. Durante esos días Shawn empezó a practicar surf en las playas del norte de la ciudad y después ya no quisieron volver a vivir en Melbourne: cualquier lugar del estado de Victoria era simbólicamente demasiado represivo para ellas. Es por eso que Sydney se llama Sydney. Según el reglamento, Sydney está autorizada a conocer la identidad de su padre biológico recién cuando cumpla dieciocho años pero el mes pasado, gracias a una prima cordobesa de Déborah que hackeó la base de datos del banco, pudieron averiguar que el donante es australiano y vive en Alice Springs, una ciudad en medio del desierto justo en el centro del país; tiene cuarenta y tres años, es soltero y dueño de tres videoclubes. Déborah le comenta que desde muy chiquita Sydney pide conocer a su padre biológico y ya tomaron la decisión de viajar todos a Alice Springs de sorpresa, el próximo día de la primavera, a conocer a este señor: un viaje al interior del país y al interior de Sydney.

—¿Hablé todo el tiempo yo, no? —dice Déborah mientras le hace un gesto al mozo para que traiga la cuenta—. Pero está bien así, yo soy local, vos me visitás a mí. Cuando nos encontremos en un café de Buenos Aires te va a tocar a vos contarme de tu vida.

Antes de despedirse Déborah invita a Luis a cenar a la casa el sábado a la noche; le dice que si quiere puede llevar a Javier. Pero el viernes llama al hotel para cancelar, se había olvidado que la noche del sábado es de luna llena y Shawn y dos ex compañeros del secundario organizaron un campeonato de surf nocturno sin iluminación artificial en una playa al norte de la ciudad. No los van a poder recibir en la casa pero están invitados a ir con ellos a la playa. Tienen pensado salir temprano, alrededor de las diez de

la mañana, porque a pesar de estar en medio del invierno se anuncian veintiséis grados de temperatura.

• • •

En la Station Wagon de Kim van un poco apretados pero la playa no es tan lejos. Luis, Javier, Shawn y Sydney viajan en el asiento de atrás; Déborah va como acompañante y Kim maneja. Los chicos son bastante tímidos y durante el trayecto no dicen ni una palabra. Las dos mujeres en cambio se turnan para hablar. El castellano de Kim es gramaticalmente perfecto pero tiene una pronunciación inhumana. Usa el pelo largo hasta la cintura y su edad es difícil de determinar. Kim les habla de un proyecto que tienen con Debbie: abrir una agencia dedicada al turismo reproductivo. Es un nicho poco explotado, ellas conocen bien el tema, tienen credibilidad, pero necesitan capitales. Ustedes tienen experiencia como entrepreneurs, les dice a Javier y a Luis, nosotras hasta ahora siempre fuimos empleadas.

Shawn clava la sombrilla en la arena y se va con su tabla a encontrarse con otros surfers reunidos al final de la playa. Los demás llegan con sillas plegadizas, esterillas, toallas y la heladerita. Kim y Sydney se despertaron muy temprano y prepararon la comida: dos empanadas, un sándwich de milanesa y una pera para cada uno; por las dudas hicieron un par de viandas vegetarianas con empanadas de tofu y sándwiches de lechuga, queso cheddar y tomate.

Pasado el mediodía el calor empieza a subir. Cuando llegaron estaban todos con buzos o pullovers pero ahora que la temperatura pasa los veintiséis grados tienen que sacarse la ropa. El sol del hemisferio sur es fuerte y en Australia hay más conciencia de los problemas que trae el agujero de ozono; Kim obliga a todo el mundo a ponerse protector.

Déborah y Javier, que no se conocían de antes, por alguna razón misteriosa hablan como si fueran amigos de toda la vida. Luis los escucha y nota que el castellano de Déborah es un poco arcaico: cada tanto mete en la conversación una expresión que hace un par de décadas estaba de moda pero que hoy ya nadie usa, o tarda un segundo de más en encontrar la palabra que quiere decir. De vez en cuando el ruido del mar tapa alguna frase, el viento se lleva otra, y de la charla que antes podía seguir con atención empiezan a llegarle fragmentos que se mezclan con sus propios pensamientos. Luis cierra los ojos. ¿Hace cuánto que está en Australia? ¿Qué será de la vida que dejó del otro lado del Pacífico? El rumor familiar de la conversación en su propio idioma se hace cada vez más difuso. Vuelve a abrir los ojos. Ahora en la orilla Javier, desnudo, juega a la paleta con alguien que debe ser Sydney vestida con un disfraz rojo de Power Ranger. Kim y Déborah hacen un crucigrama tiradas en la arena cada una sobre su esterilla; también están sin ropa. Luis vuelve a quedarse dormido. La mitad de su cuerpo quedó bajo la sombra de la sombrilla, la otra mitad está al sol.

Cuando vuelve a abrir los ojos ya es de noche; mientras dormía el cielo se cubrió de nubes y la luna llena no se ve por ningún lado. Luis tarda un rato en ajustar la visión a la oscuridad. Las nubes están tan cerradas que la playa, el cielo y el agua tienen el mismo color. A lo lejos, en el mar, le parece adivinar la presencia de ocho o nueve figuras en traje de neoprene subidas a sus tablas, remando en dirección al lugar donde rompen las olas. El campeonato de surf ya debe haber empezado, piensa. De pronto la luna se descubre un poco y mar adentro aparece nítida y muy iluminada la silueta de Shawn en el momento justo en que se para arriba de la tabla y empieza a surfear una ola bastante grande. Tiene el pelo enrulado y rubio; es muy flaco y de piel oscura. Yo también de chico era rubio y de rulos, piensa Luis. ¡Cómo cambia el pelo! Hasta los siete años lo tenía lacio.

Después a los trece se enruló. Y eso se juntó con que engordé. De más grande el cuerpo se fue normalizando y el pelo cambió otra vez. El rubio se transformó en castaño, dejó de ser lacio o enrulado y se llenó de remolinos.

Las nubes vuelven a cubrir la luna llena; la claridad duró apenas un segundo. En el agua, la imagen de Shawn desaparece y todo vuelve a ser oscuridad.

•





## PSICODELIA

Viajo en colectivo de Chacarita a Constitución, es el recorrido completo de la línea. Llevo un paquete con varios vinilos de rock argentino clásico, una pila de revistas alternativas de los años setenta, dos libros de Cortázar y dos de Baudelaire. Son cosas que me prestó un ex novio de mi hermana hace mucho tiempo. La semana pasada me llamó para que se las devolviera. Me dijo que en esta fecha siempre revisa la libreta en la que anota los préstamos y lo único que le faltaba recuperar era lo que tenía yo.

Estaba despejado cuando subí al colectivo pero ahora veo que golpean gotas de agua en la ventanilla y se larga una lluvia torrencial. A mi izquierda ya hay una calle inundada. La gente sube empapada y el colectivo empieza a vivirse como un refugio. El limpiaparabrisas parece sacar agua a baldazos. Sube un chico con una herida en la nariz, sangre mezclada con agua, y se sienta al lado mío. Me lastimé al abrir el paraguas, dice. No le contesto aunque me gustaría decir algo para no parecer antisocial, pero no se me ocurre qué y ni siquiera sonrío: hago como que sonrío. El chico saca un celular y manda un mensaje de texto. Hay truenos y un relámpago ilumina los edificios de la cuadra; las nubes negras ya oscurecieron la ciudad.

Un hombre de traje corre a la parada, se resbala en la vereda, cae y se levanta con esfuerzo. No se hace nada pero su traje queda arruinado. Una pareja joven se acerca para ver si está bien, él dice que sí. ¿Seguro?, le preguntan. Sí, repite, aunque renguea. El colectivero espera que suba. El

hombre entra insultando; saca el celular y lo apunta hacia nosotros, los pasajeros, como si nos acusara de algo. Marca un número y habla aparentemente con una mujer casi a los gritos, sin importarle el volumen. Pregunta si lo llamó alguien, dice que está en un taxi y no puede hablar mucho.

La lluvia es violenta, caen chorros de agua sucia, los pasajeros ahora llegan embarrados. Y al mismo tiempo se forma un túnel de agua a través del parabrisas y las gotas en los vidrios evocan otra cosa: una mujer de unos cincuenta años mal llevados sube con dos valijas, empapada. Se sienta en un asiento individual, apoya la cabeza en la ventanilla, su pelo chorrea agua también del lado de adentro. Imagino que canta en voz baja una canción con una estrofa en alemán, otra en inglés y otra en francés.

Cuando bajo del colectivo el clima volvió a cambiar y ya casi no llueve. Doy tres pasos y estoy bajo un toldo. Camino veinte metros y toco el timbre en casa del ex novio de mi hermana. Hace muchos años que no nos vemos y hay un segundo de desconcierto, hasta que ambos parecemos reconocer al mismo tiempo los rasgos que todavía tenemos en común con quienes fuimos en esa época. Luis está mucho más gordo y con canas, ya no parece un joven. Entró en otra categoría, no creo que tenga que ver únicamente con la ropa que usa, un pantalón pinzado color kaki y una chomba a rayas. Hay algo en la manera de pararse: tiene la cabeza volcada hacia un lado como si el cuello no tuviera fuerza suficiente para sostenerla.

Me hace pasar. Vive en un departamento clásico, paredes blancas, piso de parquet y algunas plantas de interior, aunque el lugar parece deshabitado. Le devuelvo sus CDs, revistas y libros. Por suerte no se mojó nada.

—Ahora ya está —me dice cuando termina de controlar que no falte nada.

Tacha varios renglones en su libreta y parece aliviado.

No acepto el mate que me ofrece pero igual me siento obligado a quedarme un rato a conversar. Y mientras hablamos la imagen que tenía de Luis y la imagen de la persona que tengo delante se vuelven a desfasar. Veo únicamente algunos rasgos en común con el Luis que recuerdo pero eso no quiere decir nada, en personas diferentes es posible encontrar la misma nariz, las mismas cejas.

En esa época Luis debió escuchar algún tipo de llamado y quiso darme una educación cultural; parecía que tenía una misión. Me llevaba tres años y estaba enterado de todo. A mí no me quedaba otra que fingir interés por el rock cuando lo que escuchaba eran Los 40 Principales, y a veces música clásica y contemporánea; con la cultura alternativa no tenía ninguna conexión. Pero me sentía obligado a comentar solos de guitarra o batería y a descubrir cómo en tal canción de tal grupo *ya estaba todo*.

La puerta que da al pasillo está abierta y veo que hay algunos canastos de mudanza apilados. También noto que los estantes de la biblioteca del living no tienen nada. Pero es imposible saber si Luis acaba de llegar a ese departamento o está a punto de irse.

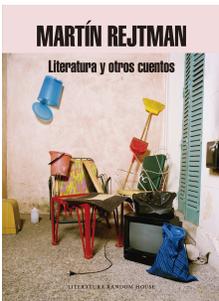
Me pregunta por mi hermana, sabe que tiene dos hijos, uno de diez y otro de doce años. Él también se casó, y me dice que su familia se fue a pasar unos días a Punta del Este.

Mi hermana ya no vive en Buenos Aires, hace mucho tiempo que se mudó a Mendoza y prácticamente no la veo. Cuando murió mi padre mi madre se fue a vivir a Córdoba, ahí estaban todos mis tíos. Así que mi hermana viaja de Mendoza a Córdoba para verla pero nunca viene a la Capital.

Luis insiste con preguntas para las que no tengo respuesta. Dice que tiene su Skype pero las veces que intentó hablar con ella lo ignoró. Quiso hacerse amigo por Facebook pero mi hermana no lo acepta. Es raro, porque

terminamos bien y fue hace mucho tiempo, dice, cada uno rehizo su vida, pero es como si quisiera borrarle de su historia. Cada tanto habla por teléfono con mi madre y le pregunta novedades. Mantienen una buena relación, inclusive cuando mi madre viene a Buenos Aires se encuentran a tomar algo. Una noche Luis la invitó a cenar a su casa, con su familia, pero la situación fue un poco incómoda y no se repitió. Su casa, este departamento. Son cosas de las que yo no estaba enterado.

Luis se queda callado y yo tampoco hablo. Entra sol por la ventana, se ve el cielo celeste, sin rastros de nubes, pero a lo lejos, casi inaudible, suena un trueno. Después hay silencio. Estoy sentado con la mente en blanco en este departamento que parece a punto de quedarse vacío para siempre. Por un momento tengo la impresión de que las paredes también blancas se continúan con el piso como si todo el living fuera un infinito. No hay tiempo, es como si estuviera meditando.



¿Quién puede precisar el momento exacto en el que el apellido de un artista pasa a ser un adjetivo que describe todo un universo poético? Martín Rejtman alcanzó ese estatus hace rato. Su mundo está conformado por personajes obsesivos que se involucran en situaciones extravagantes sin que se entienda bien por qué lo hacen:

una chica que toma ansiolíticos agrega pastillas molidas en un licuado para sus amigas; un padre divorciado recibe una llamada de sus hijos, que están en un locutorio solos y sin dinero; un joven publica un libro porque su futuro suegro paga la edición para que su hija se case con un escritor; un hombre abre un local polirrubro en Palermo con un socio exhibicionista; un chico tiene que encontrarse con su ex cuñado y se ve forzado a mantener una conversación incómoda con él... En esta nueva edición de *Literatura y otros cuentos*, con el aporte fotográfico de Miguel Mitlag y un relato inédito, Rejtman nos demuestra hasta qué punto imagen y narrativa son inseparables cuando las cosas de todos los días se convierten en literatura de la buena.

## MARTÍN REJTMAN

(Buenos Aires, 1961) es escritor, guionista y director de cine. Estudió cine en la Escuela Panamericana de Arte de Buenos Aires, y en 1981 se trasladó a los Estados Unidos para cursar dirección en la Universidad de Nueva York. Entre sus películas más conocidas se encuentran *Silvia Prieto*, *Los guantes mágicos* y *Dos disparos*. Su obra literaria incluye libros como *Rapado, Velcro y yo* (Literatura Random House, 2012) y *Tres cuentos* (Literatura Random House, 2013).



Otros títulos del autor en [megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Rejtman, Martín

Literatura y otros cuentos / Martín Rejtman. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random  
House, 2017.

(Literatura Random House)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3987-91-5

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Fotografía de cubierta: © Miguel Mitlag

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-3987-91-5

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Literatura y otros cuentos

Alplax

Mi yeso

Literatura

Ornella

Psicodelia

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos